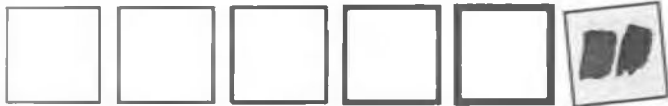
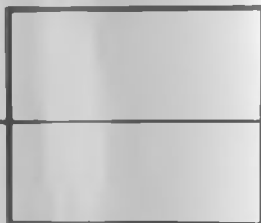


■ De la periferia al centro ■  
Discurso de la *otredad*  
en la narrativa española contemporánea

Colección Estudios



Raquel Macciuci - Natalia Corbellini  
editoras

**Raquel Macchiuci - Natalia Corbellini**  
(editoras)

## **DE LA PERIFERIA AL CENTRO**

**Discurso de la otredad  
en la narrativa española contemporánea**

**Lea E. Hafter y Federico Gerhardt**  
(colaboradores)

*Este libro fue sometido a referato interno y externo por la  
Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias  
de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata*



Centro de Estudios de  
Teoría y Crítica Literaria

**AM**  
Ediciones  
Al Margen

Macciuci, Raquel - Natalia Corbellini

*De la periferia al centro. Discurso de la otredad en la narrativa española contemporánea.* Primera ed. - La Plata: Al Margen, 2006.  
230 p.; 22 x 17 cm.

ISBN 987-1125-71-2

1. Análisis Literario. I. Título  
CDD 809

© Ediciones Al Margen

Calle 16 n° 587

C.P. 1900-La Plata, Buenos Aires,

Argentina

E-mail: [info@edicionesalmargen.com](mailto:info@edicionesalmargen.com)

Página web: [www.edicionesalmargen.com](http://www.edicionesalmargen.com)

Diseño de tapa y composición interior: Pablo Decilio

Pinturas de tapa: Ursula Wentzlaff, acuarela, 9 x 16 cm, "Aschgrau das sterbende Amseljunge" ("Gris de ceniza el mirlo pequeño muriéndose"), 2000 (colección particular).

Primera edición: mayo de 2006

ISBN Nº 10: 987-1125-71-2

ISBN Nº 13: 978-987-1125-71-5

Printed in Argentina - Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Todos los derechos reservados. No puede reproducirse ninguna parte de este libro por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado, o cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación sin permiso del editor.

## INTRODUCCIÓN

### LITERATURA ESPAÑOLA DE MAR A MAR

RAQUEL MACCIUCI

La preocupación y los estudios sobre la alteridad cultural se multiplican de forma incesante en el presente, imbricándose con cuestiones tan fecundas y polémicas para la cultura contemporánea como el orientalismo, la crítica poscolonial o la confrontación centro-periferia. En las raíces de este libro confluyen varias líneas de trabajo, resultado de un prolongado esfuerzo por responder a distintas circunstancias de alteridad en el campo de la literatura española actual<sup>1</sup>. Lo que en un principio fue un interrogante sobre el *otro* cultural se desplegó en una serie de acercamientos al tema, cada uno con su eje teórico particular, pero finalmente concurrentes en un mapa común a través de una capilaridad temática en torno al problema de la otredad, en el cual el estatuto de la literatura se impuso como una cuestión ineludible.

En consecuencia, fue inevitable que nuestras indagaciones desembarcaran en diferentes perspectivas teóricas sobre la alteridad, en ocasiones, si no contradictorias en apariencia escasamente conciliables, como ocurre con la preocupación por el acercamiento a la subalternidad acompañada de una vocación política y solidaria, y la idea de la literatura como inspiradora de fugas de la realidad cercana, con otras palabras y encuadre: la literatura como pórtico al mundo *otro* de los sueños y las fantasías que lleva a romper con la tiranía de lo real inmediato y abre el acceso a otros mundos posibles.

---

<sup>1</sup> El presente trabajo tiene como antecedente mediato y subjetivo, largos años dedicados a pensar la literatura moderna y contemporánea en la Universidad Nacional de La Plata; y como antecedente cercano y formal el proyecto del Programa de Incentivos de la Universidad Nacional de La Plata "Alteridad y representaciones culturales en la narrativa española: continuidades y rupturas entre los orígenes y las manifestaciones contemporáneas" dirigido por Gloria B. Chicote y del cual soy codirectora con el subproyecto "La reconfiguración del otro en la literatura española de finales del siglo XX". Asimismo, es resultado del proyecto acreditado ante la Universidad Nacional de la Patagonia Austral "Poética mestiza y construcción del otro en la obra de Manuel Vázquez Montalbán", con mi dirección y codirigido por Mónica Musci.

Más adelante abordaré esta materia ahora simplemente esbozada. Lo cierto es que, como ha señalado oportunamente Rafael Valencia Rodríguez, si el tema de la alteridad no se circunscribe a unos determinados enfoques, el estudioso corre el riesgo de perderse en una escala sideral o reducirse a la pura dimensión personal:

El concepto del "otro" puede establecerse en múltiples escalas, el evándose hacia lo general o descendiendo a lo concreto. En el primer sentido llegaríamos a niveles que podrían alcanzar hasta más allá del entorno planetario o humano. En el segundo bajaríamos a la alteridad individual. Este hecho introduce, a nuestro parecer, un factor de relativización a la vez que una llamada de atención a la hora de considerar el tema (Valencia Rodríguez, 1994: 171).

A la luz de esta oportuna advertencia, era ineludible que, en el área de la literatura española del siglo XX, la hipótesis originaria y el campo demarcado al comienzo se ampliaran y al mismo tiempo obligaran a marcar lindes. La alteridad cultural abordada desde la disciplina literaria debió considerar otras perspectivas para no perder de vista las específicas aunque debatidas prerrogativas de lo literario en el fecundo y dilatado campo de los enfoques integrados, para que la rica trama de lo social unida a lo simbólico no implicara una aceptación del borramiento definitivo de lo disciplinario específico. Poniendo entonces diques a la cuantiosa amplitud del tema, se impusieron cinco perspectivas, sólo separadas por la exigencia de una mínima sistematización:

1. La crítica hispana y su enunciación en la periferia. Una alteridad multiplicada
2. El *Doppelgänger* en el camino del Otro
3. La condición "otra" del discurso literario
4. Señales de alteridad en la narrativa española de final de siglo

## **1. La crítica hispana y su enunciación en la periferia?<sup>2</sup> Una alteridad multiplicada**

La importancia de conocer los factores que inciden en la práctica profesional derivó en la expansión de este primer punto, ya que se entrelazaban jalones correspondientes a cursos diversos. Rehacer los itinerarios

<sup>2</sup> El campo semántico de *periferia* se ha extendido notablemente a la par del cuestionamiento al etnocentrismo asociado al desarrollo de los estudios sobre la posmodernidad. Interesa en especial mencionar que en España se tiñen de las vicisitudes de la oposición del centro castellano con las regiones y nacionalidades de la periferia. Nil Santiáñez registra el término en el prólogo de José María de Pereda a *Sofíeza*, en el cual periferia posee "un

requirió un movimiento de ida y vuelta del que se fue desprendiendo la propia cartografía.

Ha sido necesario, en primer lugar, hacer un poco de historia para lo cual fue casi inevitable acudir a la primera persona, como es frecuente hoy en una crítica impregnada cada vez más de subjetividad y autobiografismo, en oposición a la circunspecta tercera persona de los estudios clásicos. Tratándose de una reseña que necesariamente involucra una toma de posición personal confío quedar a salvo de las reservas contra este nuevo tipo de discurso expresadas por Lia Schwartz, punto de vista con el cual, por otra parte, coincido<sup>2</sup>.

Considero que la reflexión sobre el tema del *otro*, así como sobre cualquier tema abordado desde el campo y los marcos académicos de la literatura española –cátedras– debe tener conciencia, en primer lugar, de que se parte de una situación de alteridad, problema apenas esbozado por los especialistas que ejercen su oficio en Latinoamérica. El hispanismo<sup>4</sup> del nuevo continente, y de forma particular, el que se desenvuelve en Argentina, se

---

doble sentido: el lugar donde se practica la literatura (Cantabria) y el poco valor que se le concede desde el centro literario (Madrid). A la periferia geográfica le corresponde, pues, una valoración periférica" (2006:145). La difícil legitimación de la obra de Blasco Ibáñez constituye otro ejemplo de una confrontación cultural superpuesta con antagonismos geográficos (v. Oleza-Lluch, 2000). En época más cercana, he hallado el término acompañando a una afirmación de identidad en el "Apéndice documental" a *Nueve novísimos poetas españoles*: "[en la célebre Antología compilada por Castellet] la Periferia, eso que partiendo de las Vascongadas, baja hasta Extremadura, recorre los 'poetas andaluces' y desemboca en una subida hacia el Levante, aparece más que olvidada, más que terriblemente descartada..." (Castellet, 1970: 15).

<sup>2</sup> "Asimismo, igualmente insatisfactorias parecen algunas tendencias narcisistas de la crítica postmoderna, que se manifiestan en la presencia impertinente de los pronombres de primera persona en el discurso crítico y en la legitimación de la circunstancia personal y de la subjetividad del analista" (Schwartz, 2002).

<sup>4</sup> Aunque hispanismo e hispanista tienen un sentido amplio e inclusivo, que comprende las diferentes disciplinas dedicadas a temas tanto españoles como latinoamericanos, utilizaré ambos términos en el sentido restringido más arraigado en el ámbito castellanoparlante, esto es, con el significado de la especialidad y los especialistas en literatura, lengua y cultura españolas, que en algunos casos puede abarcar, además de la producida en castellano, la perteneciente a las nacionalidades del catalán, gallego y eusquera. Advierto asimismo que no hago distinción entre el hispanismo realizado en el extranjero y el practicado en suelo español; antes bien, dado que me interesa el estado actual de la cuestión y las relaciones del hispanismo latinoamericano con los grandes centros de España y Estados Unidos, me hago eco de la incorporación de la Península al escenario del hispanismo, que data al menos de 1962 y que en 1998 dio un paso decisivo con el XIII Congreso Internacional celebrado en Madrid. Por otro lado, como se verá, los debates ponen el foco principalmente en el hispanismo "made in USA" y el hispanismo de España. Al respecto, creo oportuno recordar que Melchora Romanos, luego de reseñar la historia del hispanismo como práctica realizada fuera de España por extranjeros o por españoles no residentes, se ve obligada, al llegar a finales del siglo XX, a utilizar las expresiones de "Hispanismo de los hispanistas extranjeros" e "hispanistas españoles" –tautológica la primera y no pertinente la segunda cuatro décadas atrás (Romanos, 2004: 82).

encuentra distante, física y simbólicamente, de las metrópolis: España, que está investida de la autoridad como dueña de casa y del prestigio de ser la depositaria de la tradición; en el otro extremo Estados Unidos que hoy le disputa a España la hegemonía de los estudios hispánicos y a América Latina los *fueros* del latinoamericanismo.

La consecuencia inmediata es que en las habituales controversias sobre los discursos críticos en torno a la literatura española no tienen peso los centros de hispanistas de Latinoamérica en general y de Argentina en particular. Las disputas tienen lugar entre los dos colosos; el prestigio de algunas instituciones señeras de la hispanística del sur, sumado al brillo personal de no pocos especialistas de renombre no son suficientes para constituir hoy un foco con voz propia. Una prueba del espacio y los protagonistas que lideran la contienda queda expresado en el *dossier* que en 1995 la revista *Quimera* dedicó al tema: dos de los artículos lo firman profesores de universidades de Estados Unidos, el tercero, un representante de la de Zaragoza<sup>5</sup>. Ninguno de ellos menciona al hispanismo latinoamericano o del resto de Europa. Me interesa destacar que no comparto la percepción generalizada acerca del estado lamentable de la crítica peninsular veinte años después de la muerte de Franco, ya que los signos no ya de recuperación sino de excelencia eran más que evidentes, pero el panorama expuesto es válido como testimonio de una imagen negativa muy arraigada, potenciada por la supervivencia de anquilosados reductos; así también es un indicador relevante el hecho de que las dos terceras partes del *dossier* lo ocupe el hispanismo estadounidense.

He anticipado en el subtítulo la duplicación de la condición *otra*. Esto significa que además de ocupar un lugar periférico en las discusiones del hispanismo central, los hispanistas del nuevo continente también permanecemos ajenos a la controversia de orden teórico entre el latinoamericanismo de las universidades estadounidenses y el ejercido en la América hispana: me refiero a la diferente forma de entender las relaciones literatura – sociedad en la crítica literaria. Dicho con otras palabras, el diferente grado de radicalización ante la categoría "estudios culturales".

No es temerario aventurar que dicha (doble) marginalidad se origina en que la crítica hispanista producida en Latinoamérica se alinea fundamentalmente junto a la tradición crítica peninsular, y esta, aunque naturalmente está lejos de ser homogénea, durante muchos años se alimentó de un esclerosado<sup>6</sup> método filológico. Y aun cuando haya vencido la indiferencia

---

<sup>5</sup> Los artículos de referencia se titulan "Desolación y miseria del Hispanismo", por Ángel G. Loureiro (University of Massachusetts, Amherst), "Discursos del método" por Luis Fernández Cifuentes (Harvard University) y "La filología hispánica en la encrucijada" por Luis Beltrán Almería (Universidad de Zaragoza) (*Quimera*, 139, 1995).

<sup>6</sup> Subrayo la adjetivación porque creo que el método filológico mantiene su operatividad y vigencia –su desconocimiento da penosos resultados– cuando se renueva e interrelaciona con las propuestas críticas provenientes de otros marcos teóricos.

por los nuevos paradigmas críticos y atendido a las relaciones de la literatura con el contexto histórico ésta no es una línea muy transitada, y de serlo, parte de diferentes supuestos de los sustentados por los *Cultural Studies*.

En un campo peninsular que dista de ser uniforme, los sustanciales cambios –impensables sin el final de la dictadura de Franco– operados en algunos centros, que los sitúan en el más alto nivel del hispanismo internacional, no influyeron de inmediato en el hispanismo latinoamericano que, en términos generales, no supo o no pudo romper la imagen subordinada a una crítica peninsular anquilosada, rutinaria y disciplinada ante criterios de autoridad que no se sometían a revisión ni se abrían a nuevos planteamientos teóricos. Eduardo Subirats, –en una polémica entrevista cuyos múltiples temas merecen capítulo aparte–, afirma en 1994: “la universidad española no ha superado el agujero negro que significó el franquismo”. Y juzga a las obras dedicadas a la literatura española, de:

meros directorios telefónicos. Eso sí, bien hechos, parece que muy documentados, están todos los nombres y todas las citas, los títulos de los libros. Pero uno percibe que hay un temor a formular conceptos, analizar contextos, a establecer criterios diferenciales (Riera, 1994: 20-21).

La evaluación me parece parcial si se tiene en cuenta el año en que se pronuncia, pero no carece de fundamento porque la práctica que se censura fue lo bastante dominante como para sentar un estereotipo y una identificación. Es oportuno observar que, como constata José Luis de Diego, en 1980 Ricardo Piglia hace gala, a través de un personaje de *Respiración artificial*, de un antihispanismo de similares características con fuerte arraigo en nuestro país. La descalificación de Piglia vendría a ser un “síntoma visible de una tradición que no reconoce en España modelo alguno y sólo alcanza a ver allí decadencia y estancamiento, casticismo vacío y reaccionarismo ideológico” (de Diego, 2004: 92). Es de destacar que en la diatriba confluyen viejos estereotipos heredados de la tradición antiespañola cimentados en la literatura argentina<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> La cita perteneciente a “Un tal Lucas” (1979), de Julio Cortázar, también recogida por de Diego, muestra que el novelista, para probar la ampulosidad y el casticismo esperpéntico de los españoles, o en otras palabras, que España “ya no produce literatura de valor”, recorta y descontextualiza un texto firmado del diario *El País*, perteneciente a Joaquín Vidal, especialista en crítica taurina y considerado dueño de un estilo literario muy personal. He analizado detenidamente la operación cortazariana en Macciuci (2006a).



Este panorama, entrevisto desde el comienzo de mi andadura en el campo de la literatura española en Argentina constituyó un reto, más aún si se tiene en cuenta que regresaba de España con un título de la Universidad Complutense, en donde había ingresado con una carrera a medio hacer, iniciada en la Universidad Nacional de La Plata e interrumpida por el golpe militar de 1976. Esto significa que los claustros de la universidad más antigua de España me depararon tempranamente una situación de otredad pues me encontré instalada a medio camino de dos tradiciones críticas y de dos circunstancias históricas antagónicas que impregnaban de manera muy distinta el ámbito universitario. El medio académico español al que ingresé arrastraba la penuria de las cátedras franquistas, donde emergían auspiciosas pero aún escasas señales de renovación; las aulas que me habían recibido en Argentina antes del golpe militar de 1976 bullían de entusiastas proyectos que maridaban letras y revolución; literatura y sociedad.

Ocuparse de literatura española moderna y contemporánea en los años del retorno a la democracia significaba afrontar un área desprestigiada por la falta de actualización teórico-crítica y reducida por la reestructuración de los programas de la carrera de Letras, necesitada de más espacio para asignaturas que cubrieran las falencias de orden teórico en los planes de estudio<sup>3</sup>. Nuevamente de Diego, en una sinopsis que inicia en fecha previa al golpe militar, describe una situación que sin duda la dictadura contribuyó a acrecentar: la imagen de la cultura española como resultado de una sumatoria donde convergieron un discurso crítico yermo y los prejuicios alimentados por el arrumbamiento de los aportes más fecundos de la hispanística argentina:

Cuando ingresé a la Facultad, (...) lo español era rápidamente identificado con una filología atravesada por criterios de autoridad hartamente discutibles, y con análisis de estilo que desembocaban con frecuencia en paráfrasis

<sup>3</sup> La medida respondió a una tendencia generalizada. Los claustros españoles dieron cuenta de igual transformación y habría que preguntarse si no fueron también equivalentes las consecuencias: "Hubo también un factor institucional importante, pues las transformaciones de la teoría siempre se amalgaman y entrecruzan con las prácticas institucionales y su gestión social. En España, la teoría literaria, que en los 60 y 70, había sido competencia compartida en muchos de los departamentos de literatura española, pasó a emanciparse en un área de conocimiento específica y, en bastantes casos, a requerir departamentos independientes. El principio de división del trabajo, las ansias de crecer y los intereses particulares nos jugaron en conjunto un mala pasada, pues el resultado fue el de unos departamentos de historia literaria desvinculados de la teoría y otros de teoría desvinculados de la historia (Ojeza.2001: 4). En lo que atañe a nuestra universidad, considero que la creación de las nuevas áreas hubiera sido más enriquecedora si las materias teóricas abordan problemas y textos específicos de todas las literaturas de la carrera.

elegantes y en el regodeo de una prosa más atenta a su propia construcción que al rigor metodológico que exigían los nuevos tiempos. Sin embargo, algunos textos críticos que comenzábamos a leer por obligación –recuerdo perfectamente un estudio de Amado Alonso sobre la prosa de Valle Inclán y el magistral libro de María Rosa Lida sobre *La Celestina* nos alertaron: nuestro prejuicio contra la crítica de literatura española estaba fundado en la ignorancia o, quizás, en nuestra soberbia. Pero si algún sustento tenía ese prejuicio era la existencia de una suerte de vulgata filológico-estilística fundada en un presunto sentido común estético y en subjetividades valorativas sólo sustentadas en el principio de autoridad (de Diego, 2004: 93).

Relativiza de Diego otro factor de no menos incidencia, la asociación del hispanismo a un conservadurismo ideológico que ni se debía únicamente al franquismo ni se había disipado con la presencia de cientos de exiliados republicanos. Me inclino a pensar, con Melchora Romanos, que el hispanismo argentino estaba impregnado de “connotaciones de arcaísmo recalcitrante, conservadurismo ideológico y catolicismo a ultranza con que se configuraba a los hispanistas argentinos, por cierto no de modo totalmente injustificado” (Romanos, 2004: 84). Es difícil imaginar que la poderosa saga de hispanismo ultramontano desenvuelta en el campo de la historiografía argentina no contaminara a las cátedras de literatura española, más en unos años en que la izquierda en auge habría contemplado azorada la realización de actos que reivindicaban al dictador después de los últimos fusilamientos de 1975<sup>9</sup>.

Desmontar esa herencia en la carrera de Letras constituyó una tarea ímproba y sólo los más optimistas pueden considerarla ya lograda. Mi rutina académica me dice que colegas y estudiantes aún se sorprenden ante el rigor y la actualización crítica de la bibliografía hispánica especializada, cuando no claman, en ámbitos menos remozados, por perspectivas renovadas y textos que no suenen añejos. Vestigios del pasado, más estereotipos y simplificaciones. La otredad, es sabido, tie-

---

<sup>9</sup> “Todavía en el año 1975, la etapa final del agotamiento de la tiranía falangista, pocos días después que Franco firmara la pena de muerte de militantes izquierdistas en Madrid y Barcelona, un grupo de intelectuales argentinos rinden culto al Día de la Raza, con una proclama histórica en la que la hispanofilia se desnuda como lo que realmente es; una apología del autoritarismo” (Bozza, 1988: 17). En el mismo artículo el autor realiza un pormenorizado registro de imágenes emblemáticas del hispanismo reaccionario en Argentina. Además proporciona el texto completo de la declaración en contra de las condenas de los últimos ajusticiamientos del franquismo: la derecha argentina de cuño ibérico levantaba la voz contra “la injusta campaña organizada fuera de sus fronteras con el pretexto de actos internos que sólo a los españoles corresponde juzgar”.

ne doble dirección. Pero la situación -otra de la literatura española no se debe sólo a la herencia de una debilidad científica asociada a ultramontanismo ideológico; a veces la crítica no se radica en una supuesta desactualización teórica sino en la utilización de perspectivas distintas de las dominantes. Las acusaciones de Borges a los enfoques históricos de la crítica española aún resuenan en las aulas del siglo XXI<sup>9</sup>.

Sin embargo, existe un motivo más estructural y simbólico de la otredad de lo hispano. Me refiero a que el estatuto ambiguo de la literatura española en el concierto de disciplinas de la carrera de letras alimenta la ajenidad: literatura en lengua castellana pero europea, familiar y cercana, pero ajena a los problemas que preocupan al estudioso argentino y latinoamericano que comparten una historia y un espacio geográfico comunes.

## Hacia un discurso propio

La recuperación de una disciplina que ofrezca una visión rigurosa y al mismo tiempo actual y dinámica de la literatura española se fue realizando de forma atomizada en las universidades argentinas. La creación en 1986 de la Asociación Argentina de Hispanistas (AAH) trató de unificar esfuerzos, pero difícilmente se pueda hablar de una línea común en el hispanismo argentino. A veces se comparten tramos, islas, algún puente de ida y vuelta, o de ida y no vuelta. En ese contexto, mi tarea específica ha estado siempre acompañada por la pregunta sobre la identidad o las marcas particulares de la forma de concebir los estudios de literatura española moderna y contemporánea en el pequeño espacio donde me desempeño. Mi concepción de la tarea docente y científica universitaria se funda en que el tiempo y la experiencia deben fructificar en una crítica con denominación de origen, con los rastros de una reflexión personal constante y exigente, enriquecida con el pensamiento de los estudiosos más autorizados, pero evitando el riesgo de convertirse en sus apocados reproductores. ¿Existe ese discurso crítico? ¿Cuáles son sus señas de identidad?

---

<sup>9</sup> Curiosamente, mi experiencia tiene interesantes puntos de contacto con la que describe Andrés Zamora en las universidades estadounidenses: ante la incredulidad de un estudiante frente al ingreso a un Departamento de Literatura Española dedicado a los siglos XIX y XX de un profesor orientado hacia los estudios culturales, el mencionado profesor elucubra: "Me arriesgo a pensar que el palimpsesto, consciente o inconsciente, de las palabras del estudiante graduado es la siguiente asociación de ideas: ocuparse de lo peninsular supone ineluctablemente limitarse a la literatura, a las manifestaciones de la alta cultura, al canon, pues existe una fatal relación de complicidad e implicación entre esos tres despreciables términos y la metrópolis o el imperio, incluso aunque éste llegara a su fecha de caducidad hace ya casi cien años" (Zamora, 2002: 476).

Lejos mi deseo de proclamar una condición *otra* y periférica por simple oportunidad de tiempo y espacio u otra condición cualquiera. Más lejos aún invocar una alteridad basada en un *locus* de enunciación y en un esencialismo derivado de condiciones culturales y geográficas diversas. En el campo del latinoamericanismo se han producido fructíferos debates sobre el estatuto privilegiado que devendría de la condición periférica y subalterna del crítico, a quien su localización le otorgaría una clarividencia mayor a la hora de aprehender la realidad. Ante ese atisbo flagrante de esencialismo, prefiero pensar la condición *otra* de mi discursividad crítica, a partir del pensamiento de Abril Trigo, para quien la condición periférica es relativa y situacional, y que "cualquier política que privilegie un locus particular nos aproxima siempre, peligrosamente, a posiciones fundamentalistas" (Trigo, 2005: 126). Sin embargo es sabido que el contexto de enunciación no deja de ejercer su influjo ni de dejar su huella (mejor, en sentido derridiano). Por tanto, es pertinente explorar si la confluencia de unas determinadas coyunturas, como el desarrollo de una práctica profesional situada en la confluencia de corrientes teórico-críticas latinoamericanas y argentinas de acendrado prestigio; la herencia de un eminente hispanismo local; la recepción de un penetrante razonamiento crítico español de nueva cepa, aquilatado por su ingente legado cultural de más de diez siglos; la asistencia al fuego cruzado de encendidas polémicas pero sin tener voz en la liza; el constante trasiego, desigual, es preciso reconocerlo, con voces críticas de centros académicos internacionales de prestigio desde la idiosincracia de nuestra cultura señalada por la hibridez y la juventud, han contribuido a modelar, en Argentina, pero particularmente en esta cátedra de literatura española moderna y contemporánea de la Universidad Nacional de La Plata, una discursividad propia ante el desafío del texto. No creo desatinado pensar que esa serie de factores han podido configurar un juego de herramientas críticas que sin pretender influir en el gran caudal de las corrientes reinantes, permite reconocer los rudimentos y postulados básicos sobre los que se afirma la pisada y se inscribe la estela del propio quehacer crítico.

Resultado de los entrecruzamientos expuestos, mi mirada<sup>11</sup> sobre la literatura española alienta un acentuado interés por entender los textos a la luz de las circunstancias de producción e integrarlos en el complejo universo de los subsistemas sociales. La búsqueda de respuestas

---

<sup>11</sup> Prefiero el singular por no hacer responsable a terceras personas, pero es justo señalar que mi trabajo no se explicaría sin la estrecha colaboración e intercambio con un grupo de especialistas —maestros, colegas, discípulos con los que comparto el ámbito de la literatura española moderna y contemporánea— que hacen posible la reflexión y el aprendizaje permanentes.

que, en esta dirección, rompan con determinismos y restringidas teorías del reflejo, subyace en los distintos trabajos y proyectos.

La crítica concebida como un permanente ejercicio para acercar los textos al presente y a las distintas esferas de la vida y de lo social tiene un desarrollo de excelencia en algunos centros de España, pero es preciso puntualizar que corresponde a una forma de entender la literatura de más honda y homogénea continuidad en Argentina y Latinoamérica. Abril Trigo señala y hace justicia a los predecesores de nombres sobresalientes en esta orientación:

Resulta indudable que si antes de haberse familiarizado con los estudios culturales británicos y ambos [ Beatriz Sarlo y Néstor García Canclini] reflexionaban sobre los mismos temas y en líneas metodológicas afines a aquellos, se debe a la sencilla razón de que la problemática que ocupa y da razón a los estudios culturales latinoamericanos antecede a su designación como tales. Tanto Sarlo como García Canclini venían trabajando en campos ya impregnados por las controversias teóricas, metodológicas e ideológicas que llegarían a ser medulares en los estudios culturales latinoamericanos (Trigo, 2005: 113).

Esa preocupación por la literatura "situada", en interacción con otras artes y expresiones de la cultura, con la historia –no olvidar– y, como correlato adyacente, por reformular y volver a dignificar algunos conceptos de la función social en el arte, han derivado, como se sabe, en una ruptura de las fronteras de lo literario, que al principio comenzó con el borramiento de las diferencias entre arte elevado y arte de masas, ha llegado hoy a una licuación del objeto de estudio tradicional.

En este punto, que constituye uno de los cimientos de la perspectiva cultural –ya que el fenómeno, de amplio espectro, es sin embargo mucho más patente especialmente en el ámbito norteamericano de los *Cultural Studies*– la literatura española se ha mantenido casi ajena. Las excepciones a la regla tienen su bastión en los Estados Unidos –no sin litigios, como es normal en los claustros del norte–<sup>12</sup> y, como lo demuestra la siguiente cita, adquieren en España grados de absoluta rareza:

<sup>12</sup> Una de las excepciones de mención obligada es la compilación de Helen Graham y Jo Labanyi (1995). A este volumen colectivo en el cual la literatura está ausente o disimulada tras una serie de artículos dedicados a contextos culturales de distintas épocas, concebidos probablemente para estudiantes norteamericanos, prefiero el más específico estudio sobre la obra galdosiana (Labanyi, 2000).

Los estudios culturales, que en compañía o confundidos con el posmodernismo y el poscolonialismo han desatado un avasallador alud de textos críticos en los últimos años, parecen haberse detenido en los Pirineos, en medio del Atlántico, o en el norte de África (depende de la posición desde la que se mire), y sólo ahora empiezan a internarse tímidamente en los dominios peninsulares. Esta escasez o puerilidad queda además corroborada por la exigua presencia de especialistas de esta disciplina en las instituciones y departamentos dedicados a la enseñanza de la cultura española, tanto en la propia España, algunos dirían que debido al crónico misoneísmo nacional, como en el extranjero, en Estados Unidos por ejemplo, sobre todo si se compara con el estado de la cuestión en el campo latinoamericano (Zamora, 2002: 476).

Aunque el hispanismo en Latinoamérica en esta discusión entre gigantes –en ocasiones, dos, España y Estados Unidos; o tres, si se agrega el campo del latinoamericanismo– sólo tiene el lugar de espectador de la tribuna; la querella no deja de influir y dejar su simiente en el curso de las reflexiones que nos preocupan. El mismo Andrés Zamora recién citado, brinda una observación propicia para el curso de mis reflexiones. El interrogatorio que el país del norte realiza a quienes solicitan un visado le advirtió sobre la "cualidad doblemente marginal (a pesar de todo, España está en el borde tanto de Europa como de América Latina)" (2002: 478)<sup>13</sup>.

El estatuto incierto de España parece percibirse con mayor lucidez desde la otredad del gran país del norte. Es inhabitual que el análisis del lugar de España en el concierto de Hispanoamérica y de Occidente aborde las contradicciones y paradojas de su lugar, en definitiva, de frontera, entre Europa y América, entre el Sur y el Norte, entre Centro y Periferia. La contradictoria dicotomía que impone el sistema aduanero de los EE.UU. viene a coincidir con la indeterminación que debe arrostrar un profesor de literatura española en Latinoamérica, es decir, aceptar como constitutivo las arenas movezizas de la condición ambigua de una disciplina que aunque cultura engendradora no integra la sólida y dilecta identidad latinoamericana sino que, conserva un fuerte estigma de metrópolis colonial –que periódicamente algún peninsular imbuido de flamante europeísmo se

<sup>13</sup> Las opciones a que se enfrenta quien completa un visado para ingresar a EE.UU. son "White, no of Hispanic origin. Persons having origins in any of the original peoples of Europe, North Africa or the Middle East"; o "Hispanic. Persons of Mexican, Puerto Rican, Cuban, Central and South American, or Spanish culture or origin, regardless of race".

encarga de remarcar<sup>14</sup>. Pero el pasado imperial no impide que, *malgré lui*, España forme parte de la periferia para la Europa del norte, que no ha olvidado que durante siglos constituyó su frontera (sur). En el nivel simbólico la Península Ibérica es casi ignorada a la hora de hablar de literatura universal o de estudiar la construcción de Oriente por los imperialismos europeos, que omiten la larga y original experiencia hispana con el mundo árabe, de signo inverso al comienzo, cuando el Islam era el imperio en expansión. Ignorada como imperio o sobrevaluada como tal, hallar un discurso que desde el Norte hable de poscolonialismo sin extrapolar o, peor aún, encubrir las dimensiones y formas de dominio del presente, es todo un reto.

Si bien son estimulantes las advertencias y lecturas que desde la otredad del norte introducen un perspectivismo, una visión extrañada y nueva del objeto cultura española, es preciso subrayar que la distancia -simbólica y temporal- y la mirada -otra desde la antigua América española ha devenido en una crítica con un linaje particular, de raíces más antiguas que la recientemente inaugurada en Estados Unidos. La preocupación por enriquecer la propia mirada cruzándola con los distintos polos, locales y centrales, buscando las afinidades y contorneando las diferencias, abona una discursividad con acento personal que permite esbozar un perfil de la periferia.

## Hacia la literatura o lo que queda de ella

Como anticipé, los estudios culturales han difuminado las lindes de la literatura. Aquello que tradicionalmente se estipulaba como objeto de estudio, obra literaria en suma, ha perdido su exclusividad, junto con los puntales clásicos del canon: género, soporte, medio, jerarquía. Las obras canónicas son sospechadas de reproducir los discursos dominantes y se propugna el acercamiento a textos surgidos en los márgenes, que revelen las percepciones del mundo de la subalternidad, de los silenciados por la cultura dominante y por la construcción eurocéntrica del mundo: la búsqueda de una identidad desarticulada y dispersa guía los estudios poscoloniales. La apertura del crítico a la multiplicidad del contexto cultural y social enriquece y, tangencial o abiertamente, da un contenido político a su lectura.

En mi práctica personal, todos los materiales me interesan a la hora de recuperar unas circunstancias de producción que otorguen mayor densidad al análisis y acerquen el texto a la sociedad, pero elijo,

<sup>14</sup> Pueden hallarse ejemplos muy recientes en algunas crónicas dedicadas a la asunción de Evo Morales como presidente de Bolivia.

entre todas las voces, entre todos los materiales y disciplinas que se congregan, una. Quiero decir, aunque pueda parecer anacrónico o conservador, que privilegio la literatura. Desconozco los detalles de la querrela que llevó al surgimiento de los departamentos de *Cultural Studies* en Estados Unidos, pero difícilmente puedo aceptar que sean garantía de mayor sensibilidad social y compromiso ideológico que los departamentos que se mantienen fieles a la antigua denominación; que la pervivencia del concepto literatura impida una actitud moral y profesional comprometida con el siglo; o que remita forzosamente al sabio ensimismado y al reproductor de la ideología del poder. Por otra parte, no queda demostrado que la orientación crítica elegida sea vinculante con el rumbo de la historia, pese a que desde hace tiempo es sabido que no existe la crítica neutral ni es inocente el encuadre epistemológico. Del mismo modo rechazo la campana neumática que puede crearse a partir de una idea de literatura apta para albergar todos los espíritus, hasta los más inicuos. Pero nada garantiza que, resultado del seguidismo de la corrientes críticas de moda, el progresismo no sea un rostro más de las rutinas y disputas académicas.

Tras la ilusión de que la labor del intelectual opera directamente sobre la realidad hay un largo historial de experiencias diversas y debates ininterrumpidos, imposible de reseñar aquí. Mi pertenencia a una generación que vivió en carne propia la persecución ideológica hasta límites inimaginables, me lleva a descreer de la posibilidad de intervención en la realidad latinoamericana desde las retiradas universidades estadounidenses. Pero es igualmente válido que para un estudiante será distinto experimentar la literatura como una llave para pensar críticamente la realidad que como una forma de introducirse en el selecto, immaculado —y anacrónico, no atemporal como se quiere— mundo de la alta cultura. Por último, el recelo hacia el canon puede ser irrisorio tratándose de culturas marginales como la española, cuyas obras están ausentes de los inventarios universales o, cuando están, dejan una clara sensación de vacío y ligereza.

Si bien, como se desprende, no ha de resultar sencillo tomar una posición, es aleccionador para continuar el razonamiento atender a quien conoce de cerca el faro de los estudios culturales. Respecto de la atención a las obras canónicas, García Canclini, autoridad reconocida en esta línea, recomienda mantener las fronteras disciplinarias frente a la dispersión propedéutica y la proclamación de una acción política de alcance incierto:

...aunque aplaude la adopción de prácticas interdisciplinarias, advierte contra el desmantelamiento liso y llano de las disciplinas de conocimiento modernas.



Recomienda, en cambio, que para la investigación cada disciplina se involucre en el estudio de la cultura e interactúe con las restantes haciendo sus fronteras tan porosas como posible sea, pero desde un punto de vista pedagógico es conveniente preservar las diferencias disciplinarias para una mejor formación universitaria (Trigo, 2005: 115).

Andrés Zamora, por distintos motivos, se sitúa en la misma dirección. Además de recordarnos que el español tiene un estatuto marginal en el gran país del norte, observa que España —y Latinoamérica— no son incluidas en repertorios y cánones desde el siglo XVIII. El castellano es en uno y otro lado del Atlántico, una "lengua subalterna" y "vehículo de una subcultura". En consecuencia, advierte a los detractores del canon que ocuparse de los textos "clásicos" es un gesto de afirmación de la subalternidad, no de sometimiento al etnocentrismo (que a todas luces es anglosajón). Por eso no se deja seducir por el auge del poscolonialismo, detrás del cual podría existir un gesto "destinado a perpetuar la hegemonía de ciertas lenguas y culturas". Y compara:

...en las Olimpiadas siempre ganan los mismos países, aunque para ello tuvieran que recurrir primero a los sectores más marginados de su población y ahora a atletas importados de sus antiguas colonias e inmediatamente naturalizados (Zamora, 2002: 484).

Finalmente, recomienda "entrar en esa lid con todo nuestro arsenal cultural, con el canon tradicional y con el nuevo" (Zamora, 2002:484).

Desde un ángulo diferente, categórica e implacable es la acusación a los estudios poscoloniales —y a la academia norteamericana considerada en general cómplice y silenciosa con el imperio— que desde la Universidad de Nueva York realiza Eduardo Subirats. Para el filósofo español, hibridación, sujeto poscolonial, subalternidad ocultan las estructuras de clase y de poder responsables de la postergación del sur de América. Y finaliza el siempre polémico autor de *El continente vacío*:

...en nombre de la salvación secularizada de esas pobres almas el poscolonialismo liquida la tradición intelectual latinoamericana más crítica, de Angel Rama a Carlos Mariátegui, y de la Antropofagia al Tropicalismo, sin otros argumentos que la palabrería antinacionalista del patriotismo

imperial norteamericano, ni mejor consistencia que el infantilismo postintelectual (Subirats, 2006).

Queda por pensar quiénes serían los equivalentes a Rama y Mariátegui, la Antropofagia y al Tropicalismo en la tradición española.

Respecto del canon, nuevamente, la alteridad de nuestro hispanismo es "otra", y en este caso, nos silúa ventajosamente, pues aunque si bien no disponemos de los numerosos centros de la Península, la cultura española está representada, aún después de la reforma de los planes de estudio, en todas sus edades por especialistas altamente capacitados<sup>15</sup>. Y en la responsabilidad que me compete, hasta el siglo XVIII habita mis programas (ese siglo cuyos libros están siempre impecables en las bibliotecas).

Continuando con la búsqueda de señas más particulares, la tradición literaria argentina, resultado de acopios múltiples y traducciones, me permite trazar un mapa amplio de la literatura española, con acceso a la literatura gallega, catalana o vasca sin el conflicto y la culpa de la traición de la traducción, circunstancia impensable en España o Estados Unidos, donde al menos el catalán ha creado sus propios departamentos. Rosalía, Aresti o Ausias March en la lengua del imperio se me podrá decir, pero también Faulkner, Racine, Dante... Pequeñas villanías de una cultura periférica que se construyó con préstamos e importaciones. Lejos también de los conflictos lingüísticos peninsulares, porque la apreciación de las literaturas no castellanas no inflige la innegable evidencia de que la lengua materna es una, a pesar de viejos litigios, nuevos lenguajes de fusión y múltiples lenguas precolombinas. La historia y la tradición académica han delegado esos problemas a las cátedras de literatura latinoamericana.

Tratando de esbozar un programa, me inclino por el canon clásico y también por lo nuevo, sin abandonar lo disciplinar específico. Y añado, comprometiéndome a justificarlo más adelante, preservar el objeto literatura. Pero el asomo de conclusión es engañoso porque nada hoy garantiza una definición de lo disciplinar específico. Intentar una respuesta desemboca en una nueva vertiente, un camino que se bifurca, en esta ocasión, del mayorazgo del viejo continente.

---

<sup>15</sup> No se da la situación denunciada por Lia Schwartz sobre la progresiva desaparición en la academia norteamericana de los especialistas en literatura áurica —o de la temprana modernidad, como debe llamarse ahora. (Cabe agregar que Schwartz reduce su panorama del hispanismo también a los grandes centros del norte; la diferencia con los artículos de *Quimera* antes mencionados es la atención que otorga al hispanismo francés).

La literatura ha desplegado a lo largo de los siglos innumerables modos de circulación e igualmente, registra innumerables especies. Hubo un momento en que el soporte libro se hizo soberano, alrededor de trescientos años, no más. Géneros y soporte libro ejercen desde entonces una corporación casi omnimoda, en tensión constante con los formatos de nuevo cuño nacidos con la aparición de otros actores sociales y del crecimiento de los medios audiovisuales. La literatura fue trashumante durante muchos siglos de su existencia, sin embargo la crítica tradicionalmente focalizó su atención en el corto período de la divulgación a través del libro. Le ha llevado tiempo autorizar(se) a entrar en las nuevas configuraciones del texto, los soportes en auge y en las contexturas mestizas, displicentes con el poderío de los tres géneros dominantes desde el siglo XIX: poesía, drama, novela. El reconocimiento de los cambios registrados en este terreno tarda en convertirse en práctica concreta; los estudios sobresalientes de la crítica trabajan con corpus anclados en la robusta tradición de los géneros clásicos. En otra ocasión (Macciuci, 2005) mencioné el saludable indicio de que una obra de consulta obligada como la *Historia y crítica de la literatura española* al cuidado de Francisco Rico (2000) haya preferido en su última edición el rótulo "Prosa narrativa" en lugar del acostumbrado "Novela" al que nos tenía acostumbrados. Sin embargo, estudios pioneros como *Adiós a la España eterna* de Neuschäfer, que integra sabiamente novela, cine y teatro para desmontar algunos lugares comunes sobre la cultura de posguerra, no han modificado decididamente el panorama. Los exhaustivos e imprescindibles panoramas de José-Carlos Mainer sobre los contextos históricos y culturales de la literatura del siglo XX no alteran su predilección por un corpus clásico. La academia española ofrece escasos trabajos como los de Fernando Valls (2003), que tímidamente se vale de un corpus ampliado para rastrear temas específicos de la primera parte de su libro, aunque en las dos siguientes domina la novela clásica sin sombra de inestabilidad o contaminación con otros géneros o jerarquías. Dos capítulos dedica a Manuel Vázquez Montalbán, pero ninguno se detiene en la serie Carvalho, flaqueza que la institución le perdona porque también escribió "grandes novelas".

La crítica española hoy parece más proclive a cuestionar los nombres del canon, a aceptar la disolución de las categorías y la confluencia de géneros, pero estas comprobaciones no se transfieren en igual medida a la práctica concreta, o se transfieren más lentamente: los trabajos precursores sobre modalidades que por diferentes razones violentan la convención de los géneros con registros "desnaturalizados" surgieron fuera de España. Así ocurre con estudios señeros sobre escritores iconoclastas como Juan Goytisolo (López Barall, Gould Levine), literatura en soporte prensa como la cultivada por Francisco Umbral (Castellani, Genoud de

Fourcade), Eduardo Haro Tecglen (Van Noortwijk); extranjerizados como Jorge Semprún (Carlos Fernández —español pero del área de Historia); tráfugas hacia géneros “plebeyos”, como Manuel Vázquez Montalbán (Resina, Colmeiro) o tardíamente recuperados, por razones distintas bien conocidas, como Max Aub (Soldevila, Rodríguez Monegal). Por nuestra parte, este grupo, al que podemos sumar a nuestros colegas Álvaro Fernández y Raúl Illescas, ha dedicado años y estudios, entre otros autores, a Aub, Juan Goytisolo, María Teresa León, García Morales, Martín Gaité, Matute, Puertolas, Llamazares, Marsé, Semprún, Vázquez Montalbán, Vicent. Y aunque ausente en este libro, frecuentemente abordado por Rafael Azcona, cuya literatura travestida en cinematográfica ha empezado a perder su condición de *otra radical*<sup>16</sup>.

Sin duda la tradición argentina, ecléctica, cimentada en acopios y apropiaciones, con base en la traducción —a menudo mala traducción— de lo que en cada momento se consideró valioso, me acerca a las formas impuras y heterodoxas. Siento que esta familiaridad con lo diverso me distancia con la dominante en la crítica peninsular, intensifica la alteridad y acentúa una identidad periférica habituada a descubrir en la mezcla y la transgresión un plus significativo, una fuerza productiva estética. En definitiva, pensamos que unos pocos nortes en esta práctica crítica: cruce interdisciplinario, hábito de ir del centro al margen, compromiso de instalar “la palabra en el tiempo”, han de favorecer que el discurso otro del sur llegue al centro. Que a pesar del poco calado para mar tan grande y olas de gran altura, la mirada sesgada aporte lo que desde el ojo del huracán no se percibe. Quizás pueda ocurrir con el texto literario lo que le sucedió al prefecto de la policía parisina con “La carta robada”: que esté tan a la vista del itinerario del crítico que sólo una mirada ajena puede descubrirla.

La búsqueda de un discurso literario itinerante y versátil, extramuros de las límpidas calles de la ciudad letrada no ha de carecer de rigor, sólo evitar las lecturas reproductoras de la autoridad que tanto perjuicio ocasionaron, yerro ante el cual el hispanismo latinoamericano es más propenso, debido a la distancia física, la carencia de materiales directos y la inferioridad simbólica.

Mestizaje, hibridez, periferia son nociones prestigiosas en el campo de las ciencias sociales<sup>17</sup>. Es difícil hoy encontrar expresiones de la cultura que no se reconozcan en la heterogeneidad y la indefinición —de géneros, de registros, de materiales culturales, de soportes. Ensayo, crítica, creación, oralidad y escritura, crónica y ficción, literatura y perio-

<sup>16</sup> V. Macciuci (2001b). Al premio Ricardo Franco obtenido en marzo de 2006 debe añadirse el estudio que le dedica Bernardo Sánchez.

<sup>17</sup> La hibridación no es un fenómeno marginal sino el terreno mismo en el que las identidades políticas contemporáneas son construidas” (Laclau, 1996: 93).

dismo, poema y canción, autor alfabetizado y testimonio ágrafo, han difuminado también las fronteras de lo literario. Sin embargo, todavía los estudios más institucionalizados se adentran tímidamente en este campo heteróclito; y si se trata de instituciones, no debe sorprender que el especialista peninsular muestre más circunspección y miramiento hacia los pilares del canon.

Me atrevo a esbozar para finalizar este apartado dos hipótesis provisionales merecedoras de un estudio intensivo. A la crítica hispana le resulta más atractivo estudiar la hibridez en la nueva novela que estudiar las formas híbridas fronterizas, no encuadrables en los géneros clásicos. Cabe preguntarse entonces si se trata de fenómenos realmente nuevos o si la crítica "orgánica" no ha construido una tradición en apariencia homogénea y reglada que ha desatendido otras expresiones. Rescato y aprecio en este sentido las observaciones de Juan Goytisolo acerca del por mucho tiempo ignorado mestizaje de textos paradigmáticos como *Libro de buen amor*, *La Celestina*, *La lozana andaluza* o *El Quijote*, pero voy más allá: la afinada noción de mestizaje, ¿no obliga a leer con otros ojos la comedia áurica y el barroco todo, las *Cartas marruecas*, el romancero y los cancioneros, los artículos de Larra? ¿No sé vendría a descubrir que pese a no contar con una novela como *Facundo*, la hibridez no es tan ajena a la cultura española? ¿No establece Larra una práctica acumulativa, descentrada y plural que posiblemente nutrió a Sarmiento, a juzgar por el lúcido y elogioso ensayo, aún en vigor, que le dedicara?<sup>18</sup>

La segunda se refiere a la posible alteridad refleja de los latinoamericanistas e hispanistas de América cuando se acercan a la literatura española. Es frecuente escuchar lamentos sobre la escasez de puentes entre una y otra orilla. Se insistió en su momento en los celos y omisiones que la llamada novela del *boom* generó en la península, generalización no infundada pero sí parcial e injusta<sup>19</sup>. Cabe preguntarse si los latinoamericanistas no buscan al Otro español en un espejo, si su afirmación como cultura otra, periférica y subalterna no conlleva una acentuación de la mismidad, de la imagen especular que demanda o acoge las obras españolas que reflejan sus preocupaciones y poéticas. Es paradigmático el dispar conocimiento de autores como Juan Goytisolo frente a otros también prestigiosos, pero de disímil proyecto creador. No casualmente impactan también Javier Marías,

<sup>18</sup> El artículo se titula "Las obras de Larra" y apareció en *El Mercurio* en agosto de 1841.

<sup>19</sup> V. las entrevistas recogidas por Tola de Habich y Grieve en *Los españoles y el boom* y la revisión que proporciona Jordi Gracia de las visiones simplificadoras a partir de una vasta documentación sobre la recepción de la literatura latinoamericana en España en los años 60.

de impronta intelectual y universalista o Vila Matas, de igual forma proclive a la cita culta y al guiño erudito y cómplice<sup>20</sup>.

## 2. El *Doppelgänger* en el camino del Otro

Si la noción de alteridad cultural remite a la mirada sobre el otro que surge de la disolución del modelo etnocéntrico, instalado en la inmediata contemporaneidad, retrotrae al mismo tiempo a un fondo mítico y a los intentos de la filosofía por dirimir los interrogantes sobre la unidad del sujeto y la paradoja de necesitar del otro para afirmar el ser, la mismidad. Oportunamente recoge Torre Serrano (1994) la especulación heideggeriana: sin identidad no hay ser, y el principio de identidad requiere al menos la existencia de dos elementos ( $A=A$ ), o lo que es lo mismo, A y "Otro" A. De modo que el principio de identidad del ser necesita, para que A se reconozca como A, la existencia de Otro. La alteridad, la diferencia o el diferir de sí mismo (en el tiempo y en el espacio) es el camino ineludible que debe recorrer el ser para instaurarse en su auténtica identidad, para ser él mismo.

A su vez, el Otro revela el deseo de trascender el propio yo, de encarnarse en nuevos rostros e identidades. Juan Bargalló, en su artículo introductorio del rico muestreo de indagaciones sobre la alteridad coordinado por él mismo (1994a), toma como antecedente lejano del deseo de ser *otro* el mito de Anfitrón, a quien Zeus roba nombre y apariencia para acostarse con su esposa Alcmena. Desdoblamiento, sombra, disfraz, hermanos gemelos; el deseo de ser otro para reconocerse a sí mismo y huir del vacío del propio ser son diferentes formas de buscar al *otro*. Bargalló Carreté desanda el camino de diferentes historias de la literatura occidental que ilustran, desde la antigüedad hasta el presente, el humano deseo de entablar un diálogo con el par desconocido (1994b). El anhelo de introducirse en un subyugante y arriesgado viaje de conocimiento del *Doppelgänger*, del "Otro que camina junto a mí", está en la raíz del afán de conocer al *otro* encerrado en las capas invisibles del yo mediante infructuosas introspecciones o a través de operaciones especulares, en las cuales los *otros* prójimos con los que me identifico o los ajenos de los que me distancio ayudan a establecer las fronteras de lo mío y lo extraño, de la identidad y la diferencia.

Desde las perspectivas modernas que defienden la unidad del yo, a las posmodernas teorías sobre la disolución del sujeto, interesa aquí señalar cómo ambas convergen en la necesidad de conocer y acercarse

---

<sup>20</sup> No he realizado estadísticas ni sondeos, pero el crítico y docente saben de tendencias, afinidades electivas y disonancias.

al *otro* como forma de marcar los límites de la propia identidad para conjurar el miedo a lo ajeno.

Más difícil de demostrar parece ser la convergencia del fondo mítico desde el cual se bucea en la figura del doble con la visión antropológica e historiable, con fecha de nacimiento a finales del siglo XVIII, que estudia el otro cultural; sin embargo, a los fines de definir el tercer punto, la alteridad del discurso literario, esclarecer esa relación es imprescindible.

El Iluminismo marcó la frontera entre yo/nosotros y los otros según un patrón que europeo y particular, se pensó universal y a medida de las apetencias de un viejo continente que se apropiaba del *mundo otro* con nuevos instrumentos. El etnocentrismo europeo se consuma en la universalización de su propio particularismo:

De tal modo, la expansión imperialista europea tenía que ser presentada en términos de una función universal de civilización, modernización, etc. Las resistencias de otras culturas eran vistas, en consecuencia, no como luchas entre identidades y culturas particulares sino como parte de una lucha epocal y totalizante entre universalidad y particularismos —la noción de pueblos sin historia expresaba, precisamente, la incapacidad de estos últimos de acceder a lo universal (Laclau, 1996: 50-51).

Con sus dos facetas, "la pretensión universal" y "el contenido particular (frecuentemente nacional)" (Todorov, 1991: 22) el etnocentrismo acompañó las empresas neocoloniales. Edward Said ha explicado exhaustivamente el modo europeo de construcción del Otro oriental mediante complejas redes discursivas que fortalecieron al viejo continente mediante la exaltación de sí mismo en detrimento de Oriente, configurando una empresa cultural de vastas dimensiones. A partir de una realidad simplificada y adaptada a sus propios fines, Francia e Inglaterra primero, Estados Unidos después de la II guerra mundial, construyeron un sistema, un "cuerpo compuesto de teoría y práctica en que, durante generaciones, se ha realizado una inversión considerable fundado en un idea básica: la identidad europea superior a todos los pueblos y culturas no europeos" (Said, 1990: 25). La obra del pensador palestino ha sido señera para los estudios poscoloniales que se ocupan de la subalternidad en el continente americano, no sólo por la naturaleza de su contenido sino por que el autor alienta, entre varios objetivos, el de ejemplificar, para todos aquellos que se ocupan de la literatura y la crítica literaria, la metodología para el análisis de las relaciones entre la sociedad, la historia y la textualidad.

Retomando la ilación de mitos y personajes ficcionales que testimonian la búsqueda del *otro* a lo largo del tiempo, debe acotarse el singular recrudescimiento del tema en el siglo XX, especialmente en su última fase. Es necesario puntualizar, aunque sea brevemente, que la filosofía posmoderna tiene gran responsabilidad: a partir de la desarticulación del sujeto cartesiano, el yo descentrado y múltiple se abrió en un sinfín de posibilidades y comenzó a descubrir el juego, atractivo o inquietante de las diferencias. Al descubrir al *otro* surgen otros yo que ponen en evidencia la fragilidad y la mutabilidad del sujeto pero, al mismo tiempo, ofrecen una extensión del mundo y de las identidades.

Bargalló se detiene en la máscara como manifestación ambigua de antiquísima data que permitió al hombre ocultarse a sí mismo y a los demás a través de un doble en el que se interfieren la idea de falsedad y de revelación, en tanto el disfraz permite descubrir un costado oculto, incluso quizás ignorado por quien lo viste y quienes lo contemplan. En la medida que el disfraz –la máscara– permite ser invisible a la mirada del otro, también lo oculta al mismo sujeto; en ese momento es él mismo y el otro, él es dos, yo y el Otro. De forma similar, la sombra aparece como una proyección donde el yo se vuelve opaco, se encubre y se transfigura. Así se explica la temprana aparición del disfraz y del *Doppelgänger* en el mito del otro, Zeus con la máscara de Anfitrón, y los gemelos –Castor y Pollux– en la vertiente de Narciso o de la multiplicación de los pares –Helena y Clitemnestra, Zeus y Leda, Leda y Tindaro. El juego de oposiciones binarias tendrá larga descendencia en la literatura occidental, bien como pares opuestos o pares complementarios, bien como duplas idénticas o complementarias, contemporáneos o socios alejados en el tiempo y el espacio. Baste pensar en numerosos Borges o Cortázar para completar una larga serie<sup>21</sup>. En la literatura española, recientemente Jorge Semprún ofrece un juego de otros especulares en *Veinte años y un día*<sup>22</sup>.

Con el fin de resumir la rica taxonomía que aporta Bargalló, completaré la manifestación de la alteridad por duplicación con la igualmente profusa figura del otro producto del desdoblamiento, incluyendo en esta modalidad la metamorfosis, la doble personalidad, la fusión de ficción y realidad en una única dimensión, la mentemsis. A diferencia del desdoblamiento, aquí el Otro se manifiesta en un mismo individuo.

La frondosa serie de figuras míticas, legendarias y ficcionales que abordan la problemática del Otro como reflexión sobre la identidad individual y la fractura del sujeto contemporáneo serían suficien-

<sup>21</sup> El tema del doble en los dos autores ha sido tratado por numerosos críticos. V. Noguero y Jiménez (1994) y Huici Módenes (1994).

<sup>22</sup> V. Macciuci, (en prensa).



tes para continuar el hilo de mi razonamiento sobre la confluencia de las indagaciones sobre la alteridad y el tema del doble, pero faltaría el engarce fundamental desempeñado por el mito de Proteo, a quien César Moreno Márquez (1994) le dedica un tan pertinente como pormenorizado estudio.

El profesor de la Universidad de Sevilla parte de la hipótesis de que la experiencia literaria brinda acceso a una intersubjetividad similar a la que se produce en el encuentro del yo y el Otro, y puede, además de ayudar a comprender el modo concreto de realizarse la unión, alumbrar el fondo existencial en el mundo vital cotidiano. Si se acepta que los encuentros intersubjetivos se motivan en el deseo de *otro* que falta al yo, es notorio que el *otro* cumple una función de complementariedad. Y aquí entra en juego la literatura: el Otro deseado que tanto el autor como el lector buscan o que es misteriosamente inspirado a través de infinitos mundos posibles, puede interpretarse como el resultado de un dejarse llevar del yo con vistas a "fantasearse como siendo de otro modo". La experiencia literaria se ofrece como la libertad frente a la existencia, alejada de la inhóspita realidad de cada día, adquiriendo el sentido de facticidad que invoca el mito de Proteo, dios del mar sirviente de Poseidón, beneficiado con los poderes de adivinar el futuro y de cambiar de aspecto adoptando la forma de cualquier recipiente<sup>23</sup>. Mediante la metamorfosis Proteo logra eludir los constantes requerimientos de los hombres para que les anticipe el futuro; de ahí su nombre queda asociado al devenir *otro*, a la plasticidad y la esquizofrenia.

La fascinación por el dios proteico se acrecienta en la contemporaneidad debido al creciente allericidio, es decir, a la progresiva desaparición del otro etnográfico, cada vez más cerca, integrado, neutralizado. Para Baudrillard la literatura entonces ofrecería una forma de recuperar, o conservar al Otro mediante la contemplación de numerosos hombres individuales frente a El hombre, objeto general de la antropología. Por eso los etnógrafos se vuelven cada vez más literatos. Pero la experiencia literaria guarda, según Moreno Márquez, un poder más decisivo aún: frente a la existencia cotidiana, que encierra al *otro* vecino, anónimo e intercambiable y sin nombre; frente a la trivialidad

---

<sup>23</sup> Esta función de la literatura parece entroncarse con lo que Marcuse denomina "actividad residual". Peter Burger (1987) toma de Habermas la expresión "necesidades residuales" para referirse a aquellas necesidades del individuo en la sociedad burguesa que no pueden ser satisfechas por no obedecer a la racionalidad de los fines ni al proceso material de la vida. como por ejemplo, la necesidad de comunicación mimética con la naturaleza, de una convivencia solidaria, de experiencias comunicativas que conceden margen a la fantasía y a la espontaneidad de la conducta. Marcuse sostiene que el arte cumple una "actividad residual" al permitir canalizar las necesidades humanas no regidas por el pragmatismo y la racionalidad de los fines de la sociedad burguesa.

que todo lo nivela, sin perder su condición ontológica de ser uno, la literatura abre las puertas al reencantamiento de lo cotidiano. Sin perder su condición ontológica de unidad, invita a recuperar lo que el ser humano tiene de "émulo aventajado de Proteo"<sup>24</sup>, superando el hastiante parecido del hombre actual consigo mismo. El riesgo es que el hombre pretenda usurpar la alteridad, no encontrarse con el otro. El abandono absoluto del yo que algunos relatos proponen, convertirse en otro. —continúa el crítico español—, acarrea una absoluta soledad al desistir del esfuerzo que significa el encuentro entre la propia identidad y la alteridad del otro. La experiencia literaria, en cambio, ofrece la posibilidad de realizar el mandato divino de no someterse "a cauce angosto alguno", de ser Yo-y-Otro. Sin obligación de realizar una transmigración ontológica, ser, por la fantasía, Otro en otro lugar más allá de mí, "y sin embargo, seguir siendo:

un yo abierto, por tanto, a otro extraño y a la vez entrañable, a otro que es Otro-Yo y a la vez, "alteridad" insobornable. La experiencia literaria se convierte, de este modo, en testigo de mi dispersión o multiplicación imaginaria intersubjetiva entre muchos Otros y, lejos de debilitarme, me hace más capaz de comprender y aproximarme a los Otros, de entrañar en mí todo lo humano al liberar los insondables secretos de mi propia semilla, que incluso yo mismo tantas veces desconozco (Moreno Márquez, 1994: 48).

En este proceso en el que la figura del autor y del lector aparecen sin nombre propio con la evidencia de su porosa identidad, se produce la experiencia literaria que "deleita, angustia, o incluso atemoriza y hiere (...) porque su protagonista no es Yo u Otro, sino lo que se gesta entre Yo y Otro" (Moreno Márquez, 1994: 49). El autor corona su hipótesis con citas de Maurice Blanchot, de Maffesoli y Baudrillard, Milan Kundera: todas llaman a huir del agobiante adocenamiento de lo cotidiano y esforzarse en reencantar el mundo, concibiendo el encuentro con el otro como una especie de obra de arte.

También Joan Oleza rescata esta función de la literatura aunque poniendo el acento en la continuación de la vieja aspiración de los dis-

<sup>24</sup> La expresión pertenece a Giovanni Pico della Mirandola, cuya *Oratio de dignitate hominis* Moreno Márquez cita y amplía: cuenta la historia que después de conceder al hombre una forma indeterminada, Dios le dijo "Oh, Adán, no te he dado ningún puesto fijo, ni una imagen peculiar, ni un empleo determinado. Tendrás y poseerás por tu decisión y elección propia aquel puesto, aquella imagen y aquellas tareas que tú quieras. A los demás les he prescrito una naturaleza, regida por ciertas leyes. Tú marcarás tu naturaleza según la libertad que te entregué, pues no estás sometido a cauce angosto alguno" (Moreno Márquez, 1994: 46).

cursos de la referencialidad de dar cuenta de la realidad cotidiana, que en la era posmoderna no puede desentenderse de las perplejidades y confusiones de un sujeto descentrado y disperso que busca explicarse a sí mismo y encuentra en la literatura un camino enriquecido con la problematización de los grandes pilares del hombre moderno. Un nuevo tipo de ficción realista da cuenta –este es el punto medular para mi razonamiento– “de esta alucinada búsqueda postmoderna de la otredad, de la diferencia, tal vez como único camino hacia la propia identidad” (Oleza, 1993:60).

Pese al ruido inicial que pueda producirse, las consideraciones precedentes constituyen un eslabón necesario con la idea del otro cultural y subalterno. No dejo de advertir el peligro de una tesis como la expuesta, de la que emana cierta negatividad pues parece impugnar o desalentar, en especial la tesis de Moreno Márquez, la posibilidad de un cambio concreto, de convertirse el hombre en Otro fuera de la experiencia literaria y cambiar, construir *realmente* otros mundos, es decir, modificar lo real en lugar de huir a otros mundos posibles. Pero no retomaré viejos –e interminables– debates que considero que tienen respuestas condicionadas por cada tiempo histórico (de alguna manera, Blas de Otero lo planteó en “La poesía tiene sus derechos”). Mi interés por la fascinación de Proteo desemboca en dos cauces distintos: el que pone el acento en el otro cotidiano frente al otro poscolonial o etnográfico, y el que intenta desentrañar el *quid* de la literatura como discurso que suele situarse o definirse por la diferencia con los demás discursos sociales.

Comenzaré por la primera cuestión: no parece tan evidente la desaparición del otro etnográfico, pero debe aceptarse que la globalización del mundo tiende a limar diferencias. Jean Baudrillard también se ha detenido en el nuevo escenario de la cultura para coincidir, en otros términos, con Moreno Márquez: la civilización tardomoderna prácticamente ha contribuido al altericidio, al borramiento del Otro. Para Jean Baudrillard (2000) ya no existe el *otro* radical, aquel cuyas diferencias eran tan acentuadas que impedía la comunicación. El inasimilable, incomprendible e incluso impensable ha desaparecido en un planeta empequeñecido por los viajes y la apropiación de lo exótico que genera el turismo<sup>25</sup>. Pero al mismo tiempo las formas de vida contemporáneas han hecho aparecer en las grandes ciudades nuevos *otros*, cercanos y radicales. Ante las rigurosas pautas de la vida civilizada, surgen nuevas formas de relaciones intersubjetivas que abren caminos al *otro* y al desdoblamiento. ¿Sólo la literatura hace posible el encuentro con los *otros*

---

<sup>25</sup> Considero que la creciente construcción, desde diversos centros de poder occidentales, de una alteridad radical representada por el islamismo, pone entre paréntesis la afirmación del pensador francés.

posibles? En el presente, el hombre cambia sus máscaras mediante el *chat* y otras vías de interacción cibernética alcanzando dimensiones impensables. ¿Cuál es la naturaleza del interlocutor-otro en la comunicación anónima cibernética? ¿No se restringe, en la mayoría de los casos, a simples proyecciones del yo en otros especulares? ¿No se asemeja entonces al diálogo intesubjetivo del autor, texto y lector?

Como lo demuestra la hasta hace poco impensable transmigración del yo al otro que permite la comunicación en-mascarada de las modernas tecnologías, la literatura no es una forma exclusiva, extraordinaria de romper con la pesadumbre del yo cotidiano; sin embargo, intentaré sumergirme en un problema de larga data, discernir su especificidad, su condición especialmente marcada tanto para dar cuenta de lo simbólico como para ensanchar las potencialidades de lo real.

### 3. La condición "otra" del discurso literario

Al enfrentarme al tema del *otro* en la narrativa española de la transición y de final de siglo, el primer desafío fue encontrar un marco adecuado para analizar fenómenos nuevos, diversos –aunque convergentes en ocasiones– de los que plantea la crítica de base antropológica. Al mismo tiempo, se me planteaba la pregunta ¿por qué la literatura para estudiar la alteridad?, ¿qué entrada particular brinda el universo de la novela, ya que no el de la poesía? ¿es lícito que la preocupación por el sujeto poscolonial desplace la experiencia literaria que aspira a indagar múltiples dilemas y dar respuestas a incontables deseos del hombre contemporáneo? ¿debe la crítica desentenderse de las obras que no respondan a un corpus en que se problematice los múltiples rostros de la subalternidad?

Ante la relatividad incontrastable del valor literario, frente a la inconstancia y variación de los cánones, la disipación de los géneros, el acercamiento de la alta literatura y el arte de masas, el conflictivo aumento del factor crematístico en la cultura ¿es posible establecer mojones? ¿perdura una categoría en la cual afirmarse?

"No es más que literatura", una de las muchas fórmulas que resume el estatuto singular del discurso literario en el conjunto de los discursos sociales a la vez que insta una condición subalterna de dudosa credibilidad, cuando no condenable, como lo fue para Sartre<sup>26</sup>. Quizás

<sup>26</sup> Con esa expresión Sartre justificaba el menoscabo de la literatura porque el escritor, al servicio del orden burgués, la convertía en una práctica abstracta, inofensiva o conciliadora: "Ya que la literatura se ha convertido en sus manos en esta negación abstracta que se alimenta de sí misma, el escritor no debe sorprenderse de que se

estemos ante uno de sus más huidizos atributos, la errancia. A pesar de los deslizamientos que el concepto literatura ha experimentado a lo largo de los siglos se observa una continuidad emanada de su resistencia a someterse a un sentido, de transitar un curso lineal y angosto. El *Quijote* es un ejemplo paradigmático de resistencia a las lecturas conclusivas, pero también sucede con los menos problemáticos de Lope de Vega y con los didácticos textos neoclásicos. Tan esquivo es el "transparente" espejo de la novela realista como el transparente esteticismo modernista.

La condición extra-ordinaria de la literatura ha tratado de describirse innumerables veces, tantas como se ha intentado establecer las fronteras del hecho literario. Nuevamente acudiré a Moreno Márquez, quien relaciona el deseo de Proteo con la especial indole de la experiencia literaria. Siguiendo a Milan Kundera —y a Derrida, cómo no— el autor del artículo ya citado encuentra que tanto el autor como el lector acuerdan no someterse a un criterio único de verdad, a no aceptar la premisa de la verdad absoluta sino a aprehender el mundo como ambigüedad, desprendiéndose de las aspiraciones del logos de la episteme-filosófica. La fuerza de la experiencia literaria radicaría entonces en aceptar la provocación de la inexistencia de una realidad única sino de una suma de verdades relativas.

El deseo de Otro no es ya, entonces, deseo de lo Uno y la Totalidad en la alianza de la Verdad Única para Todo Tiempo y Cualquiera (siendo este Cualquiera una especie de Otro sin suficiente Rostro Humano: el Otro de las evidencias racionales y en ocasiones también de lo que podríamos llamar la "voluntad de argumentación"), sino deseo de la "diversidad humana" y de la relatividad intrínseca de las cosas de esa diversidad (Moreno Márquez, 1994: 51).

La literatura remite nuevamente al mito de Proteo, ya no por su capacidad de producir el encuentro con el *otro* sino por la cualidad Otra y esquiva del discurso literario. La condición proteica resulta ser entonces el fondo constitutivo de la deriva literaria, de la especificidad permanentemente desplazada.

Frente a la literatura concebida por los estudios culturales como cierto instrumento de intervención política (no exento de paradójicos y quiméricos designios, como se ha puntualizado) se nos propone una literatura como punto de fuga y discurso de la vacilación. Frente a la poscolonial clarividencia de los estudios culturales, la posmoderna irresolución de la

---

sonrían antes sus más terribles insultos diciendo: "No es más que literatura" Y como la literatura es también pura impugnación del espíritu de seriedad, el escritor debe aceptar que se nieguen por principio a tomarle en serio" (Sartre, 1948: 140).

diferencia. Una bipolaridad no incompatible en tanto la literatura, se ha dicho, es el discurso capaz de albergar a los demás discursos: puede decir lo que la historia, o la sociología, o la psicología; pero dice más: el reto de los estudios culturales es buscar ese plus –quienes saben respetar estos fue-ros, lo consiguen. El reto de la concepción posmoderna es recordar que la literatura es también una forma de conocimiento.

Jorge Panesi parece haber encontrado un pasaje entre dos concepciones aparentemente antagónicas mediante el examen de algunos casos de crítica sociológica que se sirve de textos y metodología literaria. Su sugestiva propuesta parte de entender la literatura como el discurso que ofrece la doble posibilidad de dar un esquema de análisis y al mismo tiempo mostrar sus límites y su fosilización mediante nuevas combinaciones que se abren a sentidos diversos y cambiantes en los bordes de la ficción, la teoría, la política y el campo social:

La literatura diría al sociólogo: léeme según tu teoría social predilecta, yo lo digo todo y siempre más, me escapo entre el resquicio de tu grilla y reclamo otra lectura más allá de la tuya, ni más ni menos que el tejido social que también se te escapa (Panesi, 2000: 73).

Y pensando en la peculiar calidad de la literatura para decir lo indecible y desmontar la infalibilidad, desemboca Panesi en nuestro comienzo, los estudios culturales, que aspiran a transmutarse en una nueva sociología menos dogmática y positivista que la de los orígenes. El pasaje es posible si se reconoce junto con Derrida

...que la literatura es aquella institución fluctuante y *sui generis*, en parte ficcional, que permite decirlo todo. Esto es: decir no solamente prohibido por otros medios, sino lo indecible mismo, lo que otros discursos no pueden decir aunque quisieran decirlo, lo imposible de decir, lo dicho a medias, el rumor inconfesado de lo que está produciéndose como un advenimiento sin nombre en el territorio social y en la babel de lenguas que exigen la escucha y el nombre (Panesi, 2000: 76).

Inter y multidisciplinariedad, desplazamiento, ambivalencia. En la era de las "herejías eclécticas" (Baczko *dixit*) de los estudios culturales, de la hibridez y los multimedia, ¿es posible, es pertinente, es actual, intentar definir/defender la idea de literatura y a la vez rechazar toda noción preestablecida, inmutable, canónica y patricia? "La literatura es aquella institución fluctuante y *sui generis*": Panesi rompe con la idea de un sistema estable, con la autoridad y los límites categóricos. Pero no deja de

utilizar la palabra literatura con certeza junto a otra ciertamente clave, institución. La literatura ejerció durante mucho tiempo una hegemonía fundada en la autoridad de una tradición y de determinadas instituciones que velan por ella. Tanto Moreno Márquez como Panesi parecen salvaguardar un corpus cuyo estatuto no es problemático para la institución, y en el primer caso, cierto aristocratismo reservado a quienes poseen la voluntad de convertir la lectura en una obra de arte. Sin embargo, como he anticipado, las fronteras se han desdibujado; la puesta en duda de la universalidad y pervivencia de los valores así como de los principios de autoridad han atomizado el objeto y derivado en una imposibilidad de definición, salvo que se acepte un canon no problemático ceñido a los parámetros clásicos. Sin embargo, creo que la imposibilidad de apresar la literatura en unas lindes estables no promulga su desaparición, por el contrario, se fortalece en la ubicuidad y en su calidad inasible: la literatura es un discurso itinerante, rebelde a la quietud de lo establecido. De su peculiar desplazamiento surge su rango distintivo, que oscila entre el fuero de excepción y el democrático mimetismo con los demás discursos sociales. La literatura se constituye así en un discurso-otro que siendo permeable a todos los discursos, los alberga y los excede. El resultado se pone de manifiesto en un discurso insumiso, que desafía las definiciones y a la vez sobrepasa las expectativas en él depositadas.

En los dominios del capital simbólico de una comunidad, la aptitud receptiva de la literatura a los demás discursos sociales y su irreductible condición-otra la convierten a su vez en un campo fecundo para la representación de la alteridad cultural, pues en tanto capta las diversas formas en que la propia sociedad se enfrenta a la diferencia puede proponer nuevas formas de asimilación de lo heterogéneo<sup>27</sup>.

En resumen, la posmodernidad ha realizado un doble movimiento sobre la literatura, desestabilizador y afirmante. Si por un lado ha minado sus bases clásicas y ha puesto en foco la hibridez y la trashumancia, por otro ha tematizado y legitimado su condición de *mundo otro* donde los deseos de Proteo se hacen posibles. La narrativa posmoderna ratifica las múltiples identidades del sujeto único y ofrece un campo para el juego de máscaras, el travestismo y el disfraz. En el universo ilimitado, el sujeto *ex céntrico* está autorizado al viaje, que es también viaje de conocimiento. Los *mundos otros* se vuelven cercanos y el hombre unidimensional se bifurca en incontables *otros*.

---

<sup>27</sup> Ernesto Laclau (1996) ha fundamentado la necesaria articulación entre particularismos y universalidad mediante una operación extrapolable a la reflexión sobre la literatura cuyo desarrollo preparo en un estudio más extenso. Sin duda las teorías posmodernas sobre el mestizaje ameritan que numerosos discursos no canonizados sean reconocidos como literarios. Su alteridad, sin embargo, necesita de una idea universal, que funcionaría como un significante vacío.

#### 4. Señales de alteridad en la narrativa española de final de siglo

Mucho se ha escrito, por lo que no me detendré excesivamente, sobre los acelerados cambios que vivió la sociedad española después de la muerte de Franco, los cuales afectaron de manera decisiva el campo de las mentalidades. Baste recordar que el régimen franquista había conculcado los fundamentos básicos de la cultura moderna: laicismo, secularización del conocimiento, libertad de expresión, libertad religiosa, determinación sobre el propio cuerpo. España concebida desde un discurso autoritario y monolítico se erigió en baluarte de los valores espirituales de un occidente juzgado en decadencia. Frente a la doctrina única del nacionalcatolicismo la disidencia fue construyendo trabajosamente una idea del otro que amalgamaba sin distinción todo aquello que disentía del dogma oficial, aunque proviniera de signos de discrepancia y diferencia del propio suelo o del extranjero.

Un capítulo aparte, en el que no puedo detenerme con profundidad, lo constituye el paulatino reencuentro con el otro de la España peregrina, a partir de las progresivas brechas en el aislamiento del régimen que hizo posible la entrada clandestina de libros publicados en el extranjero, regreso de algunos exiliados y visitas breves de algunos de ellos. Junto a la búsqueda de una visión más universal de las letras contemporáneas, conocer la literatura desterritorializada de los vencidos fue otra de las aspiraciones de los españoles ávidos por acercarse a los frutos prohibidos de la cultura<sup>28</sup>.

El conjunto de voces y símbolos opuestos al régimen se amalgamaron en un sujeto disidente único. No debe sorprender que la muerte de Franco y la transformación del sistema dictatorial en una monarquía constitucional haya atomizado la unidad del discurso opositor dando lugar a un amplio espectro de voces —otras que reivindicaban identidades hasta entonces encubiertas por la perentoria lucha contra el régimen. Paralelamente se debilitaba la cohesión y fortaleza de la oposición ideológica, dispersa ahora entre los nuevos fenómenos que concentraban la atención, privada del régimen que justificaba su existencia<sup>29</sup>:

Es un hecho histórico bien conocido que una fuerza  
opositora cuya identidad se construye dentro de un cierto

<sup>28</sup> En las mencionadas entrevistas realizadas por Tola de Habich y Grive llama la atención que en 1970 la mayoría de los escritores españoles nombra a Max Aub como uno de los exiliados cuya obra debía leerse.

<sup>29</sup> Un ejemplo paradigmático es la revista *Trunfo*, órgano aglutinante de la resistencia de izquierda, que a pesar de los obstáculos y la censura, tuvo más larga vida bajo el franquismo que en democracia.



sistema de poder es ambigua respecto a este sistema, ya que este último es lo que impide la constitución de la identidad y es, al mismo tiempo, su condición de existencia. Y toda victoria contra el sistema desestabiliza también la identidad de la fuerza victoriosa<sup>30</sup> (Laclau, 1996: 55).

Era natural, o previsible entonces que, una vez desaparecida la dictadura, la fuerza y la eficacia de la otredad opositora se atomizara dando lugar a múltiples voces hasta entonces subordinadas al objetivo mayor de socavar al régimen, que como es sabido, no fue expulsado ni derrotado. Quizás por este mismo motivo, es igualmente cierto que el temor a una involución y la urgencia de congregarse en un imaginario moderno e institucionalizado las diversas voces emergentes pronto intentó reconducir las alteridades discontinuas hacia la construcción de un nuevo sujeto democrático caracterizado por la moderación y el equilibrio<sup>31</sup>.

El juego de tensiones entre nostálgicos del franquismo aún activos y los partidarios del cambio tuvo múltiples episodios en los años de transición; la construcción de nuevos imaginarios consustanciados con la etapa democrática presenta avances y contramarchas de una gran complejidad y riqueza, las cuales han sido descritas por Gérard Imbert (1990), a cuyo riguroso y exhaustivo estudio remito al interesado en profundizar el tema, aun advirtiendo que presenta aspectos debatibles o susceptibles de ser revisados a la luz del tiempo transcurrido y de un punto de mira menos ceñido a su mirada estrictamente sociológica.

La tensión entre los partidarios del cambio y los de la inmovilidad, en pocos años produjo un concluyente cambio de imaginario a favor de los primeros: los sujetos sociales—otros dormidos o acallados salen al espacio público y los intentos de reinstalar un sistema autoritario son obligados a retroceder. Un movimiento de doble dirección pone en evidencia las tensiones en la construcción de una nueva identidad colectiva: por un lado, se persigue un consenso y un sujeto colectivo democrático inclusivo, que albergue a los defensores de una sociedad abierta y moderna; por otro, resultado de la libertad conquistada y bajo "la dicotomía centro vs. periferia" (Imbert, 1990: 40) hacen escuchar sus demandas particula-

<sup>30</sup> No es este el lugar para analizar hasta qué punto el franquismo fue derrotado por las filas democráticas, pero baste decir que la Transición se gestó desde las propias estructuras del régimen disuelto.

<sup>31</sup> Salvador Giner (1992) establece la siguiente periodización de las dos décadas posteriores a la muerte de Franco: "Euforia democrática" (1976-1978), "Desencanto" (1979-1982), "Gran sensatez posibilista", (1982 en adelante). Al comienzo del siglo XXI se debería hallar nombres para el periodo gobernado por el Partido Popular y para el reciente retorno del PSOE (Partido Socialista Obrero Español) al poder.

res los grupos hasta entonces condenados al ocultamiento o simplemente supeditados a postergar la diferencia a favor de los reclamos antidictatoriales. En poco tiempo, la poderosa identidad nacionalcatólica se convierte en lo Otro que se teme y se rechaza. Consecuencia de su desplazamiento, el gran conjunto triunfante se disgrega en colectivos menores con reivindicaciones particulares: ecologistas, homosexuales, minusválidos, feministas, etcétera:

Como quiera que sea, lo que hasta entonces era clandestino (reservado a la esfera privada) entra en el dominio público; lo que era considerado como excéntrico (en el ámbito de las costumbres) se torna central por la atención que los mass-media otorgan a todo lo relativo al sexo y al placer; lo que era factor de pérdida de identidad (todo lo que se oponía al régimen de Franco era considerado "antiespañol" se vuelve hegemónico (el demócrata "de toda la vida" como nuevo modelo cívico), etc. (Imbert, 1990: 44).

Lo periférico y silenciado se vuelve central. El pragmatismo postmoderno, que en otros países hizo triunfar la realidad sobre el deseo, en España coincide con el optimismo del despertar democrático y las manifestaciones de la alteridad reprimida.

Sin embargo, casi con la misma velocidad que caracterizó la aceleración de los tiempos históricos de la transición, el miedo a la anomia, es decir, a la carencia de unos valores y de un discurso unitario para conducir la crisis, lleva a la entronización de un sujeto democrático uniforme y las minorías son reconducidas a la periferia. Surge en consecuencia el hiato entre el nuevo poder emergente y minorías-otras que caracteriza a la fase conocida como "el desencanto". El Otro, desarticulado en múltiples grupos, deviene amenaza, pero es con todo, imprescindible: la invocación al respeto de las minorías constituye un tópico obligado, un símbolo y una garantía del cambio. Las minorías entonces se abocan a construir su propia identidad pero replegadas en la esfera privada, en su mundo interior, en un silencio activo; se interrumpe el diálogo entre la población y las instituciones:

La esperanza, la apertura hacia una virtualidad política muy pronto coexisten en la España de la transición con el desencanto, el pesimismo y la renuncia (o la reconversión en otras prácticas culturales cotidianas...) (Imbert, 1990:70).

La fractura entre centro y periferia se recompone en las elecciones de 1982, cuando dicho sector recluso y silencioso rompe el apartamiento para votar al PSOE. Pero la situación no cambiará demasiado,

sobreviene la etapa de "la gran sensatez posibilista", la entrada en Europa, los fastos del V Centenario. Los muy documentados artículos introductorios de la *Historia y Crítica de la Literatura Española* al cuidado de Francisco Rico proporcionan un cuadro cabal y variado de los vaivenes de la clase política de izquierda ante las rectificaciones y enmiendas del partido socialista en el poder, sintetizado en "una anécdota: durante la clausura del XXV congreso de partido socialista, en diciembre de 1990, Felipe González reconocía que no se acordaba ya del texto de la 'Internacional'" (Bessièrre, 2000, 66).

El campo de la cultura no había de quedar al margen de tan diversos fenómenos. Mi indagación ha partido de la hipótesis de que en la década del setenta el *mundo otro* que acusa el fin del franquismo (en el marco de la crisis de la modernidad, no debe olvidarse) abriendo un espectro de expectativas múltiples e inciertas que se proyecta en un entramado textual en el cual razones políticas y razones literarias se entrelazan. El mundo de las letras y sus instituciones se ven afectados por el cambio, que es también estético, y pasa de un modelo más cerrado y dogmático a uno más abierto y receptivo.

El fenómeno trasciende la simple tematización de las alternativas históricas; el espacio literario acusa el vértigo del curso de la historia y los nuevos tiempos se traducen en mudanzas de la configuración y los límites del sistema. La realidad *otra* que aparecía en el horizonte, tanto interno como externo, requirió otras formas de narrar y una expansión de los marcos del texto. La extensión del mundo de la canción popular, de la televisión, y otros imaginarios ajenos a los caminos consagrados de la alta literatura no fue inmune a estos temblores. Como tampoco pasó inadvertida la desconfianza a la capacidad del lenguaje de representar lo real. Simultáneamente se comenzaba a perfilar un público lector, nuevo o cambiado, *otro*. Determinados fenómenos dentro del campo de la narrativa son indicadores de la desestabilización de las fronteras del hecho literario; los factores en juego rebasaban la pugna entre experimentación y realismo o culto a la forma y recuperación de la narratividad. Me refiero a la publicación de diversas obras que constituyeron, por distintas razones, un reto al canon dominante debido a la transgresión de alguno o varios de los principios que hacen al reconocimiento de una obra en el ámbito de la institución arte. El éxito de público y de crítica no fueron suficientes entonces para conferirles un lugar destacado en las historias literarias. Al presentar costados poco asimilables a la institución, la legitimación es parcial o se demora.

Si se elaborara una historia de la narrativa de la transición desuncida del género novela más canónico y se atendiera a las propuestas que se instalaron en las fronteras del género y de la convención, se vería cuán decisivos fueron en aquellos años de la transición política, algunos textos

que, envueltos en el ropaje indeciso de géneros trashumantes e ilegítimos, o apoyados en soportes distintos del libro, rompieron moldes en un momento en que la literatura parecía contagiarse del ansia de libertad de los actores políticos y sociales, del dinamismo histórico, compartiendo su audacia, sus perplejidades y vacilaciones.

En un estudio anterior aún en prensa<sup>32</sup>, he esbozado algunas notas sobre la continuación de este proceso: las situaciones de crisis – cambios vertiginosos– no pueden prolongarse indefinidamente, y la sociedad española se sosegó, para muchos, con una dosis demasiado alta de pragmatismo y despreocupación por los cambios que no se produjeron o que fueron en dirección opuesta a la soñada. La institución literaria –a guisa de lo sucedido con otras esferas– ha asimilado y albergado las manifestaciones anómalas. Ciertos fenómenos de los márgenes se han incorporado a una academia menos unipresente y más receptiva. Observo, en nivel de hipótesis, que la novela que hoy se escribe, tiende a incorporar a su territorio los diversos materiales con que expresiones marginales indiferentes a los preceptos y a la idea de literatura acrisolada, buscaron dar cuenta de la compleja y plural realidad contemporánea. Quiero decir que escritores reconocibles por la transgresión formal y la indefinición de sus prácticas híbridas, como Jorge Semprún, escritor de novelas–crónicas en los años setenta vuelve en el siglo XXI al fuero más seguro de la novela<sup>33</sup>.

Uno de los casos más paradigmáticos quizás sea el de Almudena Grandes: la novelista revela una *visión otra* del cuerpo negado y perseguido durante el franquismo, pero lo hace a través de un premio (1989) en una colección marginal, "La sonrisa vertical". Seis años después (1995) una de las historias literarias españolas más acreditadas apenas le dedica dos líneas; diez años y varias novelas fueron necesarios para que fuese objeto de un análisis más detenido. En 2004 el premio a la mejor novela erótica fue declarado desierto y suspendido el concurso definitivamente. La poeta Ana Rossetti comentó en una rueda de colegas que la causa era que en el presente, en cualquier novela se hablaba de incesto y el erotismo alcanzaba cotas elevadas fuera de la colección de género<sup>34</sup>.

---

<sup>32</sup> V. Macciuci (en prensa b).

<sup>33</sup> Me refiero a su *Autobiografía de Federico Sánchez*, y a *Veinte años y un día*. Acerca del carácter novelístico de esta última obra, he descrito las operaciones que realiza el autor para continuar con su poética heterónoma pero respetando cláusulas mínimas para poder ser incorporado al canon de la novela (Macciuci, 2004).

<sup>34</sup> En el ámbito de la poesía se dan movimientos de canonización similares: en 1973 Ediciones Júcar sacó a la venta un cancionero de Joan Manuel Serrat, en una colección de sugerente nombre, "Los juglares". La introducción estaba a cargo de Manuel Vázquez Montalbán, cuando aún no había ganado el premio Planeta y era un escritor

La indagación podría continuar; sin duda, la dinámica del mundo del libro –en su aspecto más material– y del mundo editorial aportaría información muy valiosa. Quede expuesto el problema. Es tiempo de explicar sumariamente –los textos completarán las semblanzas– por qué los escritores seleccionados en este volumen forman parte de un sucinto, incompleto, no canónico, corpus de la alteridad.

## Juan Goytisolo

Cultiva una marginalidad sistemática respecto del campo intelectual español que ha motivado que Carlos Fuentes lo incluya entre los escritores *latinoamericanos*. Defensor acérrimo de la exploración formal como manera de resistir a la trivialización de la cultura –con palabras de Benjamin, modificando el sistema de producción heredado– propone releer la tradición y el ordenamiento de la serie literaria subvirtiéndola las lecturas cristalizadas y monolíticas de aquella. En su proyecto creador, se integra la herencia contemporánea del escritor maldito, del elitismo de la vanguardia y del intelectual crítico que presta su voz a diferentes grupos de marginados por la cultura bienpensante; otorgándoles nuevos lugares y valoraciones en el poco cuestionado corpus de las grandes obras y autores de la literatura castellana. Su radicalidad en la negación de todo centro, su disidencia integral de sólida cohesión, genera una refracción en su propio país que Imbert intenta explicar:

Dilución de cualquier instancia enunciativa referencial, ya sea ideológica (el sujeto ya no es asignable a un lugar irreversiblemente fijo, ni siquiera en el campo de la izquierda...); o narrativa: narrador evanescente, que se pasea de un sitio a otro. De donde surge una coherencia perfecta en la que coinciden los niveles formales (el significante literario) y de contenidos (los significados que dependen de las posturas ideológicas). Discurso insostenible por más de un motivo, sobre todo en período de fundación de un nuevo discurso... A partir de ahí se comprende mejor la reserva de la intelectualidad española frente a Goytisolo o a las reacciones de algunos que quisieran reducirlo, aunque sea simbólicamente, al silencio... (Imbert, 1990: 59).

---

aún poco conocido, pese a los "Nueve novísimos". Casi treinta años después aparece un *Cancionero* (Aguilar, 2000) del cantautor catalán prologado por Antonio Muñoz Molina con un impacto y una legitimación muy superior, naturalmente.

## Jorge Semprún

La condición *otra* de Semprún en la narrativa española queda demostrada con las muchas ocasiones en que el autor madrileño es citado en obras críticas dedicadas a configuraciones genéricas o categorías de reciente cuño: nuevo periodismo, autobiografía, literatura política, literatura y memoria, narradores del exilio, escritores heterodoxos, europeizados... Contrariamente, las referencias son escasas en las historias literarias o estudios constituidos en torno al canon más clásico. El reciente congreso que se le dedicó en la Universidad de Girona no cambia sustancialmente la apreciación.

La primera razón de su alteridad es la oscilación entre dos lenguas literarias, francés y castellano, con gran predominio de la primera. Pero no es de menor importancia la forma en que en los años setenta dinamitó los pilares de la novela clásica, y más aún, borró las fronteras del género con una ficción que fusionaba novela, autobiografía, crónica e historia.

Apátrida, "afrancesado", explorador de fórmulas narrativas, amante de la alta cultura pero complaciente con las formas mestizas, suma, por último, otro rasgo al que las buenas letras son renuentes, la intervención política a través de sus relatos. Sólo su elevación a figura paradigmática de la memoria histórica del Holocausto y su ideario, finalmente, democrático y europeísta han podido contrarrestar tan dudosos antecedentes:

Que el presidente Bernhard Vogel, que las autoridades del *land* de Turingia hayan invitado a esta conmemoración [el 50º aniversario de la liberación del campo de concentración donde estuvo Semprún a un extranjero como yo, a un *Rotspanier* (español rojo) que fue el deportado 44.904 del campo de Buchenwald, es una prueba más del espíritu abierto, democrático, europeo, que preside este cincuentenario y que garantiza el porvenir de la necesaria labor de transmisión de la memoria a las jóvenes generaciones (Semprún, 1995).

Su vivencia directa del horror y el tenaz aprendizaje de la tolerancia lo ha hecho sabio en el diálogo con los otros y experto en la exploración de sus dobles.

## Max Aub

Más otro y ajeno que ninguno, desterrado definitivo, para Max Aub no hay reconocimiento, temprano o tardío, que aminore su condición *otra*, su aura de peregrino sin suelo definitivo a que lo condenó la historia del siglo XX y ratificó él mismo con su tenaz resistencia a doblegarse ante lo irremediable o ante lo prescripto. Impar siempre, tanto a la hora de reconocerse en el otro y sentir su dolor o su soberbia o su cobardía, como para defender su alteridad, reacia a la cómoda asimilación. En los inusitados senderos de una producción tan extensa como quebrantadora de moldes, se revela el trajinador de un tiempo agitado:

...su escritura se mueve en el campo de tensión histórico, entre el trazado de fronteras nacionalista y la desterritorialización, entre la cerrazón nacionalista y el espíritu abierto de una literatura postnacional y, no en último lugar, entre los opuestos polos ideológicos de su época de guerra fría. A las ortodoxias de cualquier género le gustaba contestar con paradojas que mantenían en movimiento su escribir y su pensamiento... (Ette, 2003:16).

No es nuestra intención situarlo en un lugar aparte, en un apéndice, un principio o un final que reprodujera las marginaciones inveteradas con que fueron tratadas las letras del exilio, pero es inevitable que el autor del *Laberinto mágico* sobresalga en este volumen con la proyección de quienes vivieron una alteridad extrema, física y simbólica, sin que les fuera posible retornar del tiempo del oprobio ni de la condición de vencido.

## Manuel Vicent

Manuel Vicent comenzó a escribir en el año 1967 en revistas y periódicos madrileños. Aunque en 1966 recibió el premio Alfaguara de novela, durante veinte años la prensa fue el soporte casi exclusivo de su práctica como escritor. Pese al paulatino retorno al mundo del libro y de géneros convencionales, su imagen de escritor continúa fuertemente ligada a la prensa, en donde mantiene una presencia ineludible. Su prosa es reiteradamente elogiada como una de las más "literarias" de las letras peninsulares actuales –"logrado esteticismo", "obra de arte de lenguaje", "desde hace años, el mejor constructor de metáforas de la

jengua castellana" (Castro, 1994: 14) son algunos de los calificativos de la crítica-, cualidad que sin embargo motiva una lectura simplificadora en algunos sectores de la institución:

...eso que por tradición y por flojera mental celebramos aquí como estilo es una categoría estética que se queda muy corta en el extraño caso de Vicent, y apenas dice nada de su riquísimo, complejo y siempre crítico sistema de transformados literarios (Cueto, 1997: 9).

Al soporte poco ortodoxo de su escritura, se suma una constante desfocalización de su imagen a partir de un discurso y una práctica que toman distancia de los gestos propios del oficio. El estatuto indecible entre literatura y periodismo, la deconstrucción de la imagen de escritor más acendrada constituyen fenómenos extraños al funcionamiento de la institución arte y devienen finalmente espacios de libertad. Su voz, más confiada en los sentidos múltiples de la literatura que en la objetividad del periodismo, lo ha convertido en un escritor extrañado y lúcido a la vez que en un re-creador de la realidad cotidiana.

## Manuel Vázquez Montalbán

Aunque autor de novelas "serias" como *Galindez* (1993), incluso con una primera época vanguardista, *Yo maté a Kennedy* (1972), *Happy end* (1974) Vázquez Montalbán pone en duda algunos principios caros a la academia al cuestionar las formas más extremas de la autonomía del arte y la literatura para minorías. Se distancia tanto de la institución como de las voces contra-canónicas herederas de la vanguardia:

A partir de 1975, frente a la dictadura estética de la novela ensimismada y merodeante, que tomaba al pie de la letra la consigna formalista de Kandisky, "Liberar la masa pictórica" y la aplicaba mecánicamente a la literatura para proponer "liberar la masa verbal", aparece una reacción del gusto de la sociedad literaria, difícil de encabezar y que yo atribuyo fundamentalmente al cansancio ante la pesadilla estética del formalismo español (Vázquez Montalbán, 1989: 9).

Al mismo tiempo rehabilita el compromiso del escritor y la función del arte más allá del campo de la autonomía, no desde postulados medianamente aceptados por la institución -elevación del espíritu, transmisión de valores universales-, sino desde la denostada finalidad social y



portando una tarjeta de afiliación al Partido Comunista (PSCUC) objeto de múltiples ataques desde el retorno a la vida democrática en España:

Resulta evidente que les molesta [a algunos estudiosos españoles] que la literatura pueda ser también soporte y vehículo de ideas, que tenga capacidad de influir sobre las gentes y sobre la sociedad (Padura Fuentes, 1991: 48).

Sus concepciones de la función de la literatura, del papel del escritor en la sociedad y la aceptación de un nuevo público de lectores, se trasladan a una práctica de la escritura poco asimilable por la tradición. Encubierta bajo la excusa de un género hasta hace poco tiempo catalogado como subliteratura, la serie Carvalho esconde, tras la gramática del policial y el "opio" de la intriga, la morbosidad y el crimen, una corrosiva crítica de la sociedad española posdictatorial y tardomoderna. Permite además el enunciado de una poética que cuestiona los preceptos de la alta literatura y propone un discurso cultural mestizo.

## Juan Marsé

La biografía no es hoy pórtico recomendable para explicar una obra literaria ni un lugar en el campo intelectual. Sin embargo, en la marginal condición obrera del joyero Marsé en medio de una sociedad de escritores burgueses de la Barcelona de posguerra se dibuja el *lugar otro* que ocupará el autor de *Últimas tardes con Teresa*. Rebelde al mandato de la novela social, incorrectamente defensor de una novela sin adjetivos. Fiel a la representación de la realidad cercana, atrevido experimentador con materiales plebeyos no autorizados, Marsé, pese a la admisión en el selecto grupo barcelonés recibe un reconocimiento tardío –y extra-institucional, al menos en España–, que coincide con el descubrimiento de que sus novelas no han envejecido como otras de la posguerra y que el registro realista no sólo no es un yerro imperdonable sino que hasta puede ocultar a eximios narradores:

-Yo tuve la mala suerte de coincidir con el maldito realismo social, que se promocionó a través de Seix Barral, con Carlos Barral, Castellet... Pero nunca me he considerado un realista social. Recuerdo que en 1967, cuando publiqué *Últimas tardes con Teresa*, algunos críticos me recriminaron que el protagonista, el Pijoaparte, no tuviera conciencia social. (...) -Soy fatalmente realista. Quizá me gustaría no serlo tanto, pero para bien o para mal estoy entroncado con la novela

realista española, desde el *Lazarillo* hasta Baroja. Ya me hubiera gustado ser un Kafka, pero conozco mis limitaciones. Mi ideal sería conseguir una prosa invisible. No puedo con los artificios literarios. Para mí, la novela debe tener ante todo una buena historia que contar y saber explicarla bien. Cuanto menos ruido haga la prosa, mejor. Menos distraerás al lector (Moret, 1997).

Creador de héroes marginales y de personajes infantiles rebeldes a la racionalidad adulta, su universo novelístico muestra, sin idealización ni mala conciencia de clase, el choque entre la periferia espacial y humana de la posguerra con el núcleo detentador o simplemente cercano a un poder que no era ni euro ni etnocéntrico. Doble alteridad que Marsé ha perseverado en mantener en la memoria.

## La gran ausente

Circunstancias humanas imposibles de prever impidieron que el nombre de una o más de las escritoras estudiadas integrara esta lista parcial. La deuda queda explícita. El protagonismo de la mujer en las últimas décadas adquirió en España un rango sobresaliente, pues el salto fue mayor que en los países democráticos occidentales: desde el lugar que le asignaba un régimen patriarcal y ultraconservador la batalla por la igualdad fue más rigurosa. La proyección de esta transformación profunda en la narrativa adquiere una dimensión equivalente. Somos conscientes del vacío que queda por cubrir.

## Reflexión final

A la hora de calibrar una hipótesis siempre es recomendable un momento contrastivo. Compárese el mestizaje de los autores nombrados con el que realiza, de modo eximio, Antonio Muñoz Molina: la combinación de materiales provenientes de los distintos estratos de la cultura no producen incomodidad ni ruido. Podría decirse que nunca fue un escritor tan bienvenido al canon como Muñoz Molina. El joven novelista de Úbeda reunió tempranamente las condiciones para ser aceptado. Cabe hacer extensiva la perspicaz observación del crítico estadounidense Michael Ugarte: hijo de un exiliado español ha sabido percibir la inevitable pérdida que subyace tras la justa recuperación institucional de los escritores republicanos, refiriéndose al discurso de ingreso a la RAE de Muñoz Molina, dedicado precisamente a Max Aub, apunta:

el reconocimiento latente tiene como resultado borrar la transgresión *de facto* en contra de las autoridades establecidas que los exiliados representan. La diferencia más evidente entre Aub y Muñoz Molina no se refiere a que este último haya sido objeto de un mayor número de críticas elogiosas, sino más bien a que el escritor español-judío fuese un transgresor que no pudo ser otra cosa –no tenía remedio (Ugarte, 1999, XVI).

Sabemos que los *otros* prójimos cercanos son finalmente integrados. Más de cincuenta años en el oficio de la literatura de muchos escritores que maduraron entre la dictadura y la democracia han borrado distancias, pero queda en ellos la hibridez un tanto anómala, la huella de la diferencia. Como contrapartida, el riesgo, el saludable juego en las fronteras se ha diluido dejando el rastro de una cierta melancolía. Si no la transgresión, el estar más allá del bien y del mal, del canon y de la institución, hoy probablemente haya cambiado de sitio.